

Rob Riemen

PARA

Consideraciones urgentes sobre

COMBATIR

el fascismo y el humanismo

ESTA ERA



taurus


ROB RIEMEN

PARA COMBATIR ESTA ERA
CONSIDERACIONES URGENTES SOBRE
EL FASCISMO Y EL HUMANISMO

Traducción de Romeo Tello A.

TAURUS

PENSAMIENTO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Eveline

Nuestra época recuerda la de la decadencia griega: todo subsiste, pero nadie cree ya en las viejas formas. Han desaparecido los vínculos espirituales que las legitimaban, y toda la época se nos aparece tragicómica: trágica porque sombría, cómica porque aún subsiste.

SØREN KIERKEGAARD, *O lo uno o lo otro*

INTRODUCCIÓN

En 2010 publiqué en mi país, los Países Bajos, un ensayo titulado *El eterno retorno del fascismo*, en un momento en el que ya era obvio para mí que un movimiento fascista estaba en alza otra vez. Si esto puede ocurrir en un Estado de bienestar próspero como los Países Bajos, supe que el regreso del fascismo puede ocurrir en cualquier parte. El pequeño libro se convirtió en un inmediato éxito de ventas a pesar de la feroz y airada crítica de la clase política y académica. Su estado de negación me sorprendió y todavía me preocupa —pues concuerdo con Arnold Toynbee cuando, en su obra maestra *Estudio de la historia* argumenta que la civilización caerá, no porque sea inevitable, sino porque las élites gobernantes no responden adecuadamente a las circunstancias cambiantes o sólo atienden a sus intereses propios.

Hombres sabios como Confucio y Sócrates sabían que para poder entender algo, debes llamarlo por su justo nombre. El término *populismo* —convertido en la descripción preferida de una revuelta de las masas contemporánea— no ofrece posibilidad alguna de comprensión significativa de este fenómeno. La fallecida Judith Shklar, reconocida teórica política de la Universidad de Harvard, está en lo cierto cuando apunta, al final de *Men and Citizens* (Hombres y ciudadanos), su estudio sobre la teoría social de Rousseau:

Populismo es un término huidizo, aun cuando se aplica a ideologías y movimientos políticos. ¿Hace referencia a algo más específico que una mezcla

confusa de actitudes hostiles? ¿Es simplemente una manera imprecisa de referirse a todos aquellos que no son claramente “de izquierda” ni “de derecha”? ¿Acaso la palabra no sólo abarca a todos aquellos que han sido ignorados por una historiografía que no permite más posibilidades políticas que conservador, liberal y socialista, y que oscila entre los pilares de “derecha” e “izquierda” como si éstos fueran leyes de la naturaleza? ¿Populismo es algo más que una rebelión que no tiene visa para acceder a las capitales del pensamiento convencional?

El uso del término *populista* es tan sólo una forma más de cultivar la negación de que el fantasma del fascismo amenaza nuevamente a nuestras sociedades y de negar el hecho de que las democracias liberales se han convertido en su contrario: democracias de masas privadas de su espíritu democrático. ¿A qué se debe esta negación?

Una razón puede ser que, desde la perspectiva de la ciencia y la tecnología, los fantasmas y los espíritus no existen. Lo cual por supuesto es cierto —para la Madre Naturaleza—. La naturaleza humana y la sociedad humana son, sin embargo, especies diferentes. La ciencia y la tecnología nunca serán capaces de brindar una visión completa del ser humano, con sus instintos y deseos, virtudes y valores, mente y espíritu. Todo científico serio lo sabe. Lamentablemente, no así muchos en nuestra clase gobernante. Su entendimiento de la sociedad está limitado por el paradigma científico de pruebas, información, teorías y definiciones. Las humanidades y las artes son, por lo tanto, ignoradas y descartadas. Sin embargo, el único conocimiento que puede aportar una verdadera comprensión del corazón humano, las complejidades eternas de las sociedades, con sus intereses en conflicto, las causas de los movimientos y levantamientos contemporáneos —y lo que una civilización democrática realmente requiere— es la sabiduría de la poesía y la literatura, de la filosofía y la teología, del arte y la historia. Éste es el ámbito de la cultura; es aquí donde podemos encontrar a Clío, musa de la historia, siempre con un libro en las manos, ofreciéndonos el regalo de la conciencia histórica. Pero uno debe leer libros para llegar a conocerla y poder beneficiarse de sus dones.

Una segunda razón por la cual el regreso del fascismo y la pérdida del

espíritu democrático es difícil de aceptar es la vergüenza de la izquierda que asume la tradición de la Ilustración. Su actitud al respecto de sus “artículos de fe” —el progreso humano, la bondad natural del hombre, la racionalidad, las instituciones, los valores políticos y sociales como pilares de la sociedad— siempre hará difícil reconocer el impacto que tienen en la condición humana la voluntad de poder, la avaricia, los deseos y el interés personal. La cuestión es que los seres humanos somos tan irracionales como racionales, y el fascismo es el cultivo político de nuestros peores sentimientos irracionales: el resentimiento, el odio, la xenofobia, el deseo de poder y el miedo.

El presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt, confrontando a una Europa Fascista, sabía lo que estaba diciendo cuando en marzo de 1933, en su Discurso inaugural, declaró: “De lo único que debemos tener miedo es del miedo mismo”. Era consciente de que las sociedades dominadas por el miedo son sensibles a las falsas promesas de la ideología fascista y sus líderes autocráticos.

Un sentido de crisis, inseguridad económica y amenazas de terror o de guerra son las causas declaradas de un clima de miedo. La incompetencia para prevenir el regreso del fascismo, para combatirlo y eliminarlo, también se debe a una causa no declarada de miedo, la razón principal por la que el fascismo puede regresar tan fácilmente en las democracias de masas: la ignorancia. Ésta es la tercera razón por la que la negación del fascismo prevalece en nuestros tiempos. Aceptar este hecho implica ser conscientes de que, a pesar de todo nuestro progreso científico y tecnológico, del acceso mundial a la información y de la impartición de una educación “más alta” para todo aquel que pueda pagarla, la fuerza dominante de nuestra sociedad es la estupidez organizada.

“Sé valiente”, el capítulo final de mi libro *Nobleza de espíritu. Una idea olvidada*, está dedicado a la vida de un hombre excepcional, un luchador contra su tiempo: Leone Ginzburg.

Leone Ginzburg fue un judío ruso, nacido en 1909, cuya familia emigró a Italia cuando él era un niño. Era un hombre brillante que tradujo la maravillosa novela de Tolstoi *Ana Karenina* al italiano a la edad de dieciocho años. Transmitir y hacer accesible lo mejor del espíritu europeo —su gran

literatura— se convertiría en su gran pasión. Fue traductor y maestro, fundó una editorial y una revista, *Cultura* —para hacer justicia al significado original de la palabra: hacer espacio a la diversidad de caminos que la gente puede recorrer en su búsqueda de la verdad, acerca de sí mismos y de la existencia humana—. Al comprender que sólo la cultura puede ayudar a las personas a encontrar la verdad sobre sus propias vidas y acciones, hizo de la transmisión de la cultura europea la labor de su vida.

Pero entonces Mussolini y los fascistas llegaron al poder en Italia. Mussolini insistió en que todos los maestros firmaran una declaración de lealtad, o de lo contrario perderían sus empleos. De los mil cien maestros, sólo diez se negaron a firmar. Leone Ginzburg fue uno de esos diez. (La valentía es un rasgo raro en el mundo intelectual y académico.) Ginzburg se unió a la resistencia porque sabía que la cultura y la libertad no pueden existir una sin la otra. También sabía que el fascismo —que siempre brota en nombre de la libertad— sólo quiere la destrucción de la libertad.

Ginzburg fue arrestado y deportado. Cuando Mussolini fue derrocado, Ginzburg regresó a Roma para luchar contra los nazis, que habían tomado el poder. Nuevamente fue arrestado y después torturado a muerte por los nazis. Tenía treinta y cinco años cuando murió. Una carta que escribió a su esposa Natalia desde la prisión, una carta que sería la última, termina así:

No te preocupes demasiado por mí. Sólo imagina que soy un prisionero de guerra; hay tantos, especialmente en esta guerra, y la gran mayoría regresara a casa. Esperemos que yo sea parte de esa mayoría, ¿eh, Natalia? Te beso otra vez y otra vez. Sé valiente.

Nunca olvidaré mi silencioso asombro cuando leí esas palabras por primera vez: sé valiente. ¿Qué quería decir con “sé valiente”? Encontré el significado de esta salutación en Sócrates, quien enseña que el valor es la habilidad de conquistar, no a los otros, sino a uno mismo; el valor para ser sabios y justos, el valor para cultivar nuestra alma. Quien no hace esto no es libre, y una vida sin libertad, una vida vacía y condescendiente, es una vida sin sentido y, en última instancia, sin amor.

Natalia Ginzburg sabía esto. Continuó la labor de su esposo. Trabajó en su editorial y se convirtió ella misma en una gran escritora de cuentos y ensayos. Entre su obra destaca un breve texto de 1960 titulado *Le piccole virtù* (*Las pequeñas virtudes*). Las primeras dos oraciones son éstas:

En relación con la educación de los hijos, pienso que se les debe enseñar, no las pequeñas virtudes, sino las grandes. No el ahorro, sino la generosidad y la indiferencia respecto al dinero; no la prudencia, sino el valor y el desprecio del peligro; no la astucia, sino la franqueza y el amor a la verdad; no la diplomacia, sino el amor al prójimo y la abnegación; no el deseo del éxito, sino el deseo de ser y de saber.¹

El cultivo de las pequeñas virtudes —la mezquindad, la banalidad, la vulgaridad, la estupidez—, ¿qué tiene esto que ver con el regreso del fascismo? Desafortunadamente, todo. El cineasta italiano Federico Fellini, director de *La Dolce Vita* y *Amarcord*, fue un amigo cercano de Natalia Ginzburg. A una edad avanzada, al revisar su vida, que incluyó un breve periodo en el que fue miembro del movimiento de juventudes fascistas italianas, Fellini llegó a la siguiente conclusión:

El fascismo siempre surge de un espíritu provinciano, de una falta de conocimiento de los problemas reales y el rechazo de la gente —por pereza, prejuicio, avaricia o arrogancia— a dar un significado más profundo a sus vidas. Peor aún, se jactan de su ignorancia y buscan el éxito para ellos mismos o su grupo, mediante la presunción, afirmaciones sin sustento y una falsa exhibición de buenas características, en lugar de apelar a la habilidad verdadera, la experiencia o la reflexión cultural. El fascismo no puede ser combatido si no reconocemos que no es más que el lado estúpido, patético y frustrado de nosotros mismos, y del cual debemos estar avergonzados. Para contener esa parte de nosotros necesitamos más que activismo en favor de un partido antifascista, pues un fascismo latente está oculto en todos nosotros. Alguna vez ya ganó voz, autoridad y confianza, y puede hacerlo otra vez...

No es una coincidencia que el surgimiento de un movimiento fascista esté acompañado del llamado a hacer a un país X, Y o Z “grande otra vez”. Es la grandeza de la fuerza, el poder y la falsa promesa del regreso a un pasado inalcanzable. Esa “grandeza” es lo opuesto a las pequeñas grandes virtudes que proclamaba Natalia Ginzburg, y la capacidad humana de ir más allá de nosotros mismos, de tener imaginación y empatía, de vivir en la verdad, crear belleza y hacer justicia. Ésta es la verdadera grandeza de honrar la dignidad de todo ser humano. En esto consiste la civilización democrática.

Para entender el significado de las palabras grandes necesitamos historias. *El regreso de Europa. Sus lágrimas, hazañas y sueños* es una historia acerca de tres grandes, muchas veces mal entendidas, palabras: democracia, libertad y civilización. El significado de estas palabras importa más que nunca pues somos confrontados con el refinado arte de la mentira y el torcimiento del significado de las palabras, lo cual es parte de la naturaleza del fascismo.

El regreso del fascismo siempre es posible, pero nunca inevitable. Las leyes de la historia no existen. La libertad humana tiene el poder de ir contra la corriente y cambiar el *Zeitgeist*. Esto es lo que Friedrich Nietzsche quería que supiéramos cuando escribe, en su *Segunda consideración intempestiva. De la utilidad y los inconvenientes de la Historia para la vida*, que no debemos aceptar el poder ciego de lo actual, y que en vez de amoldarnos a la cultura farsante de nuestra era debemos ser combatientes contra esta era.

Leone Ginzburg libró este combate, y también Natalia Ginzburg, y muchos otros que aparecen en el ensayo e historia siguientes. Ahora nos toca a nosotros luchar contra un *Zeitgeist* que destruye el espíritu de la civilización democrática.

I
EL ETERNO RETORNO DEL FASCISMO

*Lo único que tengo es una voz
para deshacer la mentira y sus dobleces²*

W. H. AUDEN

I

Lejos de la Segunda Guerra Mundial que devasta el continente europeo, en la ciudad norafricana de Orán, un doctor encuentra una rata muerta en el rellano de su casa, una mañana de primavera. Informa al conserje y, aunque sabe que se trata de un hallazgo inusual, no le presta mayor atención al hecho. Esto cambia al día siguiente, cuando encuentra otras tres ratas muertas. El conserje asegura que debe ser una broma infantil: “¡No hay ratas en esta casa!”. Sin embargo, en los días siguientes, el doctor no sólo se encuentra con más y más ratas muertas por toda la ciudad, sino que recibe en su consultorio a un sorprendente número de pacientes que padecen los mismos síntomas: hinchazón, salpullido y delirio, que conducen a la muerte en menos de cuarenta y ocho horas. Sabe lo suficiente: sea lo que sea, esto es una epidemia. ¿Qué otra cosa puede ser? Un colega de mayor edad lo amonesta: “Vamos, sabes tan bien como yo qué es esto. Más aún, sabemos que todos, principalmente las autoridades, negarán la verdad tanto tiempo como puedan. “¡No puede ser verdad! Ya no tenemos nada así; no vivimos en la Edad Media. Por favor, deja

de esparcir el pánico.”

Pero la negación no cambiará los hechos y, una vez que la epidemia tiene a la ciudad entera bajo su dominio, el suceso debe ser nombrado: la plaga bubónica.

Una variante del fenómeno de la negación es la idea de que cambiar las palabras también cambiará los hechos. Para los estadounidenses la palabra *problema* es un tabú. Cualquier situación que alguna vez pudo recibir esta etiqueta es ahora llamada *un reto*. Los problemas no existen, al menos no en los Estados Unidos de América. La palabra *fascismo*, en lo que respecta a política contemporánea, es igualmente un tabú en Europa. Está la Extrema Derecha, el Conservadurismo Radical, el Populismo, el Populismo de Derechas, pero el Fascismo... no tenemos eso. No puede ser verdad, ya no tenemos nada así, vivimos en una democracia. Por favor, ¡deja de esparcir el pánico y de ofender a la gente!

En 1947, Albert Camus terminó su novela *La peste* —una alegoría del fascismo— con el comentario de que el doctor no puede unirse a la celebración masiva posterior al anuncio oficial de que el reino de terror de la peste ha terminado.

Porque él sabía lo que esta muchedumbre dichosa ignoraba, y que se puede leer en los libros; que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles y en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que quizás vendrá un día en que, para desgracia y enseñanza de los hombres, la peste despertará a sus ratas y las enviará a morir a una ciudad dichosa.³

Ese mismo año, Thomas Mann escribe que Nietzsche “anunció, como una aguja trémula y vibrátil, la época fascista de Occidente, en la cual estamos viviendo y en la cual seguiremos viviendo largo tiempo, a pesar de la victoria militar sobre el fascismo”.⁴

Albert Camus y Thomas Mann, ciertamente, no fueron los únicos que, una vez terminada la guerra, asumieron pronto lo que todos estamos ansiosos por

olvidar: el bacilo del fascismo permanecerá virulento en el cuerpo de la democracia de masas. Negar el hecho o llamar al bacilo de otra manera no nos hará resistentes a él. Lo contrario es cierto: si queremos dar una buena batalla, primero debemos reconocer que se ha vuelto activo nuevamente en nuestro cuerpo social y llamarlo por su nombre: fascismo. Y el fascismo nunca es un reto, sino un problema mayor, pues inevitablemente conduce al despotismo y a la violencia. Todo lo que conlleva estas consecuencias es considerado un peligro. Cualquier forma de política que trate de negar un problema o, peor, un peligro, es llamada política del avestruz. Sigue siendo cierto que aquel que no aprende de la historia está condenado a repetirla.

II

Mussolini y Hitler —para limitarnos a este dúo demoníaco— se convirtieron en los representantes más prominentes de la politización de una mentalidad que había empezado a desarrollarse en el escenario europeo mucho antes de que ellos aparecieran.

Goethe es uno de los primeros en advertir que un cambio fundamental está ocurriendo en la sociedad. En 1812, escribe a un amigo: “si observas cómo las personas en general, y los jóvenes en particular, no sólo se entregan a sus pasiones y deseos, sino cómo, además, la parte mejor y más alta de sí mismos es deformada y desfigurada por las graves estupideces de nuestra era, de tal forma que todo aquello que podría conducirlos a su salvación queda condenado al fracaso, entonces no sorprenderán los actos atroces que el hombre puede cometer contra sí mismo y contra los otros”.

Poco después, en 1831, Alexis de Toqueville descubre durante su recorrido por Estados Unidos que la democracia, que empieza a florecer en un país joven, se ve amenazada por una nueva forma de represión nunca antes experimentada en la historia: “Yo mismo busco en vano una expresión que reproduzca y encierre exactamente la idea que me formo; las antiguas palabras de despotismo y tiranía no son adecuadas. La cosa es nueva; es preciso entonces tratar de definirla, ya que no puedo nombrarla:

Si imagino con qué nuevos rasgos podría el despotismo implantarse en el mundo, veo una inmensa multitud de hombres parecidos y sin privilegios que los distinguan incesantemente girando en busca de pequeños y vulgares placeres, con los que contentan su alma, pero sin moverse de su sitio. Cada uno de ellos, apartado de los demás, es ajeno al destino de los otros [...]. Sobre esta raza de hombres se eleva un poder tutelar inmenso, que toma exclusivamente sobre sus hombros el asegurar sus gratificaciones, y velar por su suerte. Este poder es absoluto [...] estará en parabienes si el pueblo se regocija, provisto que no piense en otra cosa que en regocijarse. [...] Siempre he pensado que esta servidumbre de carácter regular, silencioso y gentil como la que he descrito, puede combinarse más fácilmente de lo que puede creerse con algunas formas exteriores de libertad; y que puede aún establecerse bajo las alas de la soberanía popular.⁵

Lo que Tocqueville delinea aquí es el contorno de una sociedad que será analizada y caracterizada cien años más tarde, por el filósofo español José Ortega y Gasset, como una “sociedad de masas”. La sociedad de masas es el resultado inevitable de lo que Nietzsche tan lúcidamente predijo: el declive de los valores morales, el nihilismo. En los años setenta y ochenta del siglo XIX, Nietzsche se convence cada vez más de la desaparición de todo fundamento al ideal europeo de civilización, que se asienta en valores espirituales absolutos. Ya no hay valores absolutos pues todo lo que existe no es más que una proyección del individuo humano. La Verdad, el Bien y la Belleza no existen. Cualquier cosa considerada como tal no es más que la percepción e interpretación personales de un individuo. Y todo aquello que pueda significar algo no significa nada, pues ha perdido su validez universal.

Con la pérdida de los valores espirituales, no sólo desaparece la moral, sino también la cultura, en el sentido original de la palabra: *cultura anima*, el cultivo del alma. La idea de que el hombre es un ser que debe mejorarse a sí mismo, que debe elevarse por encima de sus instintos y necesidades físicas, es central a las tradiciones religiosas del judaísmo y el cristianismo. También es parte integral de las enseñanzas humanistas de Sócrates y Spinoza. Sólo hasta que logramos encarnar nuestras aspiraciones espirituales absolutas somos dignos de la vida. Vivir en la verdad, hacer lo correcto, crear belleza: sólo en

estos actos es el hombre quien debiera ser, sólo entonces será libre. Quien permanece esclavo de sus deseos, emociones, impulsos, temores, prejuicios y no sabe cómo usar su intelecto no puede ser libre. Nietzsche invierte la fórmula, convencido como estaba de la inminente *Umwertung aller Werte* (transmutación de los valores): ya nada es absoluto salvo la libertad, la libertad de entregarnos sin freno a los deseos. De ahora en adelante, la humanidad se dejará gobernar por la voluntad de poder y todo será permitido.

Nietzsche sabía exactamente cuáles serían las consecuencias del nihilismo para la sociedad europea. Más tarde en su vida escribe: “el peligro de todos los peligros: que nada tenga significado”. Con la pérdida de los valores espirituales absolutos, todo aquello a lo que el hombre había atribuido sentido desaparecerá: el conocimiento del bien y el mal, la compasión, la idea de que el amor es más fuerte que la muerte, todo gran arte, la cortesía, la conversación, el aprecio por la calidad y el valor. De ahí su comentario: “el signo más general de la edad moderna: ante sus propios ojos, el hombre ha perdido la dignidad hasta un punto increíble”. Pues una vez “liberado” de todo valor espiritual y de la guía de todo aquello que pudiera dar significado a su vida, el hombre, principalmente, se facilitará las cosas. Exigirá que todos sus deseos sean satisfechos, y si esto no ocurriera se volverá violento. En sus apuntes de 1886-1887, Nietzsche también señaló esta permanente amenaza de agresión oculta bajo la superficie de la prosperidad: “el bienestar desarrolla la sensibilidad, se sufre por las cosas más pequeñas; nuestro cuerpo está mejor protegido pero nuestra alma está más enferma. Y así puede decirse que, junto a la ganancia de la vida cómoda y la libertad de pensamiento, han aparecido también la envidia rencorosa, el furor del porvenir, la impotencia del presente, la necesidad del lujo y el sufrimiento de la duda y de la búsqueda”.

Sociedad de masas es el nombre que José Ortega y Gasset da en 1930 a la sociedad que, desde las primeras sospechas de Goethe y con todas las características que Tocqueville y Nietzsche predijeron, efectivamente se ha manifestado por toda Europa. Ortega y Gasset se asombra ante lo que considera la gran paradoja de la era democrática que apenas ha hecho su entrada a la historia europea. Finalmente estamos en una era en la que la

sociedad ha podido liberarse a sí misma del yugo de la tiranía y la Iglesia, de la aristocracia y el sistema feudal. El progreso tecnológico ofrece, entre otras cosas, mayor libertad de movimiento; los medios de comunicación amplían la perspectiva que las personas tienen del mundo, y el gobierno político es cada vez más democrático. Europa está en el umbral de una sociedad libre en la que las fronteras puedan ser abolidas y la libertad individual respetada, en la que la responsabilidad personal sea asumida y los valores espirituales que sostienen la idea de civilización sean cultivados.

Sin embargo, esta oportunidad histórica es rechazada por un nuevo tipo de persona, que rápidamente gana influencia en la sociedad: el hombre de la multitud, el hombre-masa. El término hace referencia no sólo a la cantidad sino a la calidad, a un cierto tipo de forma de pensar o, para ser más precisos, a la ausencia de pensamiento. Más aún, este hombre-masa aparece en todos los sectores y clases de la sociedad, puede ser rico o pobre, educado o no. De acuerdo con Ortega y Gasset, el auge del hombre-masa —¡la rebelión de las masas!— es una amenaza directa a los valores e ideales de la democracia liberal y el humanismo europeo, tradiciones en las cuales el desarrollo moral y espiritual del individuo libre sientan las bases de una sociedad libre y abierta. Pero el hombre-masa tiene una actitud completamente distinta hacia el individuo y la sociedad. El hombre-masa no quiere ser confrontado, menos aún agobiado, con valores intelectuales o espirituales. No hay medida, valor o verdad que le pueda ser impuesto y que pueda restringirlo. Para el hombre-masa, la vida siempre debe ser sencilla y abundante; no reconoce la naturaleza trágica de la existencia. Todo está permitido, pues no hay restricciones. El esfuerzo espiritual es innecesario. El hombre-masa es autoindulgente y se comporta como un niño malcriado. Escuchar, evaluar críticamente sus propias opiniones o actuar con consideración hacia los otros no es necesario. Todo esto refuerza su sentido de poder, su anhelo de control. Sólo importan él y sus iguales, el resto debería adaptarse. El hombre-masa, entonces, siempre está en lo correcto y no necesita justificaciones. Sin ninguna práctica en el lenguaje de la razón, y sin ningún deseo de aprender, sólo conoce un idioma, el del cuerpo: la violencia. Cualquier cosa diferente, cualquier cosa irrelevante para él mismo no tiene derecho a existir. Detesta ser diferente a la masa. Se amolda,

ajusta su apariencia a las modas dominantes y busca sus propias opiniones en el cálido cobijo de los medios masivos de comunicación. Al mismo tiempo, no quiere y no puede sobresalir. El hombre-masa no piensa. Deambula sin dirección por la vida, redimido de todo esfuerzo espiritual, medida o verdad como principios rectores. Carente de toda guía espiritual, se aferra al cuerpo de la masa, que lo ha conducido a través de la vida.

El fenómeno del comportamiento de masas y de la histeria de masas en el siglo XX no es un resultado de la multitud, sino una consecuencia fundamental de la psique de este hombre sin consciencia y sin espíritu de la modernidad tardía. El miedo y el deseo rigen el comportamiento de las masas. Y cuando estas masas comienzan a gobernar, cuando la democracia se convierte en democracia de masas, la democracia deja de existir. Hacia el final de su libro *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset resume su análisis en una frase: “Ésta es la cuestión: Europa se ha quedado sin moral”.

Numerosos factores refuerzan la personalidad nihilista de la sociedad de masas. En la primera década del siglo XX, el escritor satírico vienés Karl Kraus vapulea a los periodistas por tener, a pesar de sus pretensiones, una mayor tendencia a socavar la democracia que a protegerla. Las páginas deben llenarse, los periódicos deben venderse. El resultado es un diluvio de trivialidad, sensacionalismo y tontería. En manos de la prensa diaria, señala Kraus, el lenguaje deja de ser el medio más importante para expresar el conocimiento, y se deteriora en lugares comunes, lemas publicitarios y propaganda. Los medios masivos de comunicación no sólo son el principal campo de entrenamiento para los demagogos, sino que éstos obtienen su poder del hecho de que la gente, alimentada por una descarga constante de simplificaciones, sólo puede entender simplificaciones y no quiere leer ni escuchar nada más.

En el mismo periodo, Paul Valéry analiza la crisis del espíritu humano. Afirma que

el espíritu representa nuestra capacidad de transformación. Nuestra vida emocional puede ser transpuesta en obras de arte. El espíritu crea nuevas necesidades intelectuales, a través de las cuales podemos trascender nuestros

instintos físicos y naturalezas bestiales. El espíritu nos ha permitido tener una conciencia del tiempo, del pasado y el futuro. Gracias a ésta podemos anticipar, imaginar posibilidades e ir más allá del momento presente. Además, una persona puede liberarse de sí misma, imaginarse en el lugar de otros. Cada persona está así equipada con la capacidad intelectual para observar y criticar sus propias acciones y valores. Sin embargo, la mente humana se ha descarrilado. Nos hemos vuelto menos sensibles. El hombre moderno necesita ruido, excitación constante, sólo quiere satisfacer sus necesidades. Dado que nos hemos vuelto más insensibles, necesitamos medios más burdos para complacer nuestro deseo de estímulo. Nos hemos vuelto adictos a los eventos. Si un día nada ocurre nos sentimos vacíos. “No hay nada en el periódico”, comentamos decepcionados. Nos ha envenenado la idea de que algo debe ocurrir; estamos obsesionados con la velocidad y la cantidad. Los barcos nunca son lo suficientemente grandes, los carros o los aviones no son lo suficientemente rápidos. La idea de la superioridad absoluta de las grandes cantidades —una idea cuya vulgaridad e ingenuidad es evidente, espero— es una de las características del ser humano moderno. Hemos renunciado a nuestro tiempo libre. Con esto no me refiero al tiempo cronológico —nuestros días libres—, sino al descanso interior, a ser libres de todas las cosas, la distancia mental que necesitamos, con respecto al mundo, para dejar espacio a los elementos más delicados de nuestras vidas. Nos dejamos llevar por la velocidad, la inercia —todo debe ocurrir ahora— y los impulsos. Ya nada es duradero. Adiós a las catedrales, construidas a lo largo de tres siglos; adiós a las obras maestras que requieren toda una vida de experiencia y atención a lo perfecto. Vivimos pasivamente. Nos volcamos a los teléfonos, a nuestro trabajo, a la moda. La vida se vuelve cada vez más uniforme. La apariencia, la personalidad, todo debe verse como todo lo demás y el promedio siempre tiende a descender al nivel más bajo. Una de las características más notables del mundo contemporáneo es su superficialidad: vacilamos entre la superficialidad y el desasosiego. Tenemos los mejores juguetes que el hombre nunca ha tenido. ¡Qué gran diversión! ¡Nunca hubo tantos juguetes! ¡Pero cuántas preocupaciones! Nunca antes hubo tanto miedo. Y cada vez se nos exige un esfuerzo intelectual mayor. Que otros piensen por nosotros. Nuestra inteligencia se vuelve cada vez más especializada. Debido a las demandas de progreso tecnológico, la sociedad tiene una creciente necesidad de “profesionales”, intelectuales reemplazables. Ya no es necesario un

Shakespeare, un Bach, un Descartes, poetas y pensadores, intelectuales irremplazables.⁶

Esto es lo que Paul Valéry escribió en la década de 1920.

Una vez más nos enfrentamos a una paradoja, pues, a pesar de la ingeniería social, a pesar de todos los estímulos y formas de entretenimiento, el hombre no es más feliz. Por el contrario, la agresión hacia los otros está en aumento. Esto es lógico, afirma Max Scheler en su libro de 1921, *Das Ressentiment im Aufbau der Moralen (El resentimiento en la moral)*. La cultura europea, de acuerdo con Scheler, es una cultura de igualdad; la idea de que todos somos iguales y tenemos los mismos derechos está hondamente arraigada. En la tradición judeocristiana, la igualdad consiste en ser iguales ante Dios: sin importar quién seas, sin importar tus posesiones, al final serás juzgado por Dios según hayas vivido una vida justa o no. Para los principios del humanismo europeo, la idea de igualdad radica en la noción de que la verdadera identidad de una persona no está determinada por los modos en que se distingue de los otros (dinero, poder, origen, raza, sexo), sino precisamente por aquello que la vincula a sus semejantes: la capacidad universal de mejorar el alma, de vivir en la verdad, de hacer lo correcto, de crear belleza.

En las religiones judía y cristiana, así como en la tradición humanista, la igualdad se basa en valores espirituales absolutos. Pero Nietzsche predijo que el sentido de estos valores se perdería. La igualdad ahora sólo puede manifestarse en lo material. Ha surgido un nuevo ideal de igualdad; está relacionado con el socialismo ascendente y el impulso hacia una mayor democratización: justicia social, igualdad de oportunidades, derecho universal al voto. Sin embargo, cuando todos los valores han sido pervertidos por el nihilismo y el auge del hombre-masa, y ya no sabemos por qué debe existir la justicia social, entonces, apunta Scheler, el concepto de igualdad queda reducido a la posibilidad de que cualquiera pueda tenerlo todo y lo que una persona tenga, la otra lo tenga también. ¡A fin de cuentas todos somos iguales! *Élite* se ha convertido en una palabra de abuso, y en cuanto surge la idea de que otros “iguales” pueden tener más, el resentimiento y el rencor crece entre las personas.

En esta cultura social hay una inercia constante hacia lo más bajo, pues es ahí donde se encuentra el denominador común de la población. Es por esto que se desploman los niveles de exigencia de la educación universitaria, para que “todos” puedan estudiar —y graduarse—. Y en lo que se refiere al arte, debe ser accesible para todos, pero no sólo económicamente, también en términos de significado: debe ser *entendible*. El rencor más profundo se dirige hacia todo lo que sea difícil. Aquello que no puede ser entendido inmediatamente por todos es difícil; por lo tanto, elitista; por lo tanto, antidemocrático. Esto ha sido plenamente asumido por los medios masivos de comunicación. Ahí, incluso las citas de filósofos y pensadores son tabú, incluso las palabras complicadas.

Scheler explica cómo una cultura imbuida de resentimiento influye en nuestros valores. Nietzsche demostró por qué ya no pueden existir los valores espirituales. Ahora, entra en juego una nueva idea: que estos valores no tienen el *derecho* a existir, porque exigen esfuerzo y excluyen a todo aquel que no pueda reunir la fuerza de voluntad suficiente para defenderlos. En lugar de valores absolutos, tenemos percepción subjetiva, con su flamante y más alta norma: “¡Puedo juzgarlo yo mismo!”. Es así como el resentimiento también modifica la idea de libertad. En la tradición judeocristiana, la libertad es la responsabilidad que tiene todo hombre de ser lo que debe ser: una persona justa. Para Spinoza, la libertad es la capacidad de emanciparse de la estupidez, el miedo, el deseo, y la fuerza para usar el poder de la razón para vivir en la verdad. Sólo quien vive de esta manera y acoge los valores que dan sentido a la vida, es una persona verdaderamente libre. Sin embargo, nuevamente, esto supone que los valores espirituales y universales existen, y ya han desaparecido. Por ello, la libertad sólo puede significar que todo está permitido: satisfacción de los instintos y los deseos. Es una libertad que siempre será violenta.

Al igual Nietzsche, Scheler sabe que las personas con resentimiento en el fondo son débiles y tienen miedo a la libertad. La experiencia de la libertad termina por convertirse en un *miedo a la libertad* hondamente arraigado, y se vuelve abrumadora la necesidad de adecuarse a la masa, que no quiere otra cosa más que creer ciegamente y seguir a un líder carismático.

En esta sociedad —nihilista, pues ha sido privada de todo cimiento moral y cultural, obsesionada por lo trivial, susceptible a la demagogia y macerada en miedo y resentimiento—, la política se convierte, como lo dijo tan puntualmente el crítico cultural neerlandés Menno ter Braak, en “materia para los agitadores, cuya única motivación es la preservación y ampliación de su poder. Poder en el sentido más vulgar de la palabra”. A mediados de la década de 1930, Ter Braak advierte que un nuevo movimiento político comienza a apoderarse de Europa, un movimiento que no hace más que explotar el resentimiento. De acuerdo con Ter Braak, este movimiento se centra en estimular la agresión y el enojo. En realidad, no está interesado en las soluciones, no tiene ideas propias y no busca resolver los problemas sociales, pues la injusticia es necesaria para mantener una atmósfera de odio y vilipendio. Ésta es su característica principal: el vilipendio y el odio como fines en sí mismos. El resentimiento social se descarga contra un chivo expiatorio al que se culpa de todo: el judío. Al mismo tiempo, este movimiento se considera a sí mismo como la víctima eterna de la izquierda y las élites, y alberga una profunda aversión hacia los intelectuales, los cosmopolitas y todo aquel que sea diferente. Esta postura política no está alimentada por la estupidez, señala Ter Braak, tanto como por la semicivilización, reconocible en el uso continuo que hace de eslóganes y retórica vacía. Es una forma reaccionaria de política que proclama que todo era mejor en el pasado y que todo mejorará una vez que la sociedad sea depurada de los elementos foráneos que la arruinan. Curioso, pero inconfundible, es el hecho de que este movimiento abriga una sólida fe en un líder que, como observa Ter Braak, nunca ha demostrado serlo, pero sin el cual sus seguidores creen que el país no tiene futuro. Este movimiento político no tiene un programa electoral real; seguir al líder es suficiente. El líder en cuestión ha de ser populista para lograr mantener su posición; dirá y prometerá todo lo que sea necesario para aumentar su apoyo y movilizar a las masas.

Menno ter Braak consigna todo esto en 1937, en un ensayo breve pero brillante llamado “El nacionalsocialismo como una doctrina del resentimiento”.

Es notable lo que escribe en este ensayo sobre la actitud de las élites y los

intelectuales con respecto al ascenso del fascismo en la década de los treinta del siglo XX. Ter Braak se sorprende ante el elevado número de miembros de la élite que despreocupadamente descartan el auge de políticos fascistas: “Bueno, nosotros no pertenecemos a esa banda de fracasados”. O: “Una vez que mejore la situación económica, todo esto terminará”. “Se equivocan”, les responde Ter Braak, pues esa banda de fracasados representa la rebelión de las masas y no habrá dónde esconderse cuando tomen el control. Por otro lado, los abusos sociales y la crisis económica ciertamente alientan el avance del fascismo, pero en definitiva no son su causa. El origen del fascismo está firmemente enraizado en el culto del resentimiento y en el vacío que éste llena en la sociedad.

No le sorprende, sin embargo, el papel que juegan los intelectuales, entre los cuales muchos son representantes de la semicivilización: podrán haber leído muchos libros, pero hace mucho tiempo que clausuraron sus facultades críticas. Por ello no le sorprende que muchos de ellos hayan sido “infectados por un cierto tipo de benevolencia cuasifilosófica hacia los elementos supuestamente positivos del nacionalsocialismo”. Ter Braak considera peligrosos a estos intelectuales y académicos que piensan que es necesario una investigación más amplia sobre el “contexto” y la “esencia” de este nuevo movimiento político. Están equivocados, escribe Ter Braak, pues el fascismo no tiene ideas, no tiene profundidad, aun cuando los fascistas quieran hacernos creer que su causa representa “una revolución de la mente sin baños de sangre”. Pero la verdad es:

Todo es superficie. No hay nada debajo. El nacionalsocialismo sólo es conocible en la superficie, como una doctrina del rencor puro; es una receta para el odio, una entonación de la envidia, la estridencia de la calumnia. [...] La superficie lo es todo, la traición al hecho de que estos aristócratas no son más que demócratas pervertidos, que estos idealistas de las masas utilizan al “hombre común” en nombre de sus propios intereses [...] pues lo que tan íntimamente desean es la expresión ilimitada del resentimiento, para lo cual recurrirán a todos los medios y recursos posibles.

III

El hecho de que el fascismo ganara poder político en Italia y Alemania fue, en gran medida, resultado de la arrogancia, así como de la cobardía y la perfidia de las élites sociales. La arrogancia, la sobrestimación de las capacidades personales, se manifestó en el *Bürgerliche Katholische Partei* (Partido Católico Burgués) y en el *Deutschnationalen* (Partido Nacional Alemán), cuando, en 1932, se alegraron con la llegada de Hitler y sus secuaces al poder. Supusieron que podrían mantenerlo bajo control y utilizar los errores que llegara a cometer para eliminarlo políticamente. Perfidia y cobardía exhibieron los socialdemócratas alemanes —sí, la oposición—, que le dieron su voto de confianza, por temor a perder aún más apoyo entre los electores. De hecho, a pesar de todos los votantes que no votaron por Hitler —que fueron mayoría, *nota bene*—, no hubo un solo partido que quisiera encabezar la resistencia contra el monopolio nacionalsocialista. Y esto tuvo todo que ver con el deterioro de las élites, que no pudieron reunir el valor para atenerse a sus principios y responsabilidades sociales. Los liberales no defendieron el principio de libertad del humanismo europeo y se preocuparon únicamente por la libertad de mercado —siempre y cuando les permitiera ganar dinero—. No fue una sorpresa la postura que asumieron los superpoderes financieros, de apoyar, sin más, al nuevo poder político. Los socialdemócratas renunciaron a su derecho a existir en el momento en que dejaron de estar preparados para luchar por el desarrollo moral y cultural de la población, y, al sólo enfocarse en intereses materiales, alentaron resentimientos entre la gente. Los conservadores estuvieron dispuestos a intercambiar, sin escrúpulo alguno, la defensa de los valores espirituales por la preservación de su propio poder, bajo el velo de la “tradición” y el “orden social”. Entre los intelectuales había dandis y estetas que observaron absortos y con profunda admiración la “estética pura” de los fascistas. Desde luego, también había reaccionarios que nunca tuvieron confianza en ideas como la democracia, la justicia social y el progreso. Peor aún, albergaban una animadversión tan honda contra todos aquellos que no aceptaran el encierro en sus torres de marfil de la alta cultura, que creyeron alegres en la “recuperación de los valores europeos” que el

fascismo prometía.

Así fue como los fascistas pudieron llegar al poder, agitadores sin ideas e impulsores de una política insuflada de odio y resentimiento, enraizada en el miedo a la libertad y en la peor forma de mezquindad. Una forma de política que sólo podía ejecutarse como violencia, violencia interminable.

IV

Se suponía que debíamos aprender de la Historia.

Primera lección. Primo Levi: “Ha ocurrido contra las previsiones; ha ocurrido en Europa; increíblemente, ha ocurrido que un pueblo entero civilizado, apenas salido del ferviente florecimiento cultural de Weimar, siguiese a un histrión cuya figura hoy mueve a risa; y, sin embargo, Adolfo Hitler ha sido obedecido y alabado hasta su catástrofe. Ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder: esto es la esencia de lo que tenemos que decir”.⁷

Segunda lección. Theodor Adorno: “La única fuerza verdadera contra el principio de Auschwitz sería la autonomía, si se me permite valerme de la expresión kantiana; la fuerza de reflexionar, de autodeterminarse, de no entrar en el juego”.⁸

Tercera lección. Winston Churchill: “Tenemos que construir una especie de Estados Unidos de Europa, y sólo de esta manera cientos de millones de trabajadores serán capaces de recuperar las sencillas alegrías y esperanzas que hacen que valga la pena vivir la vida. El proceso es sencillo. Todo lo que se necesita es el propósito de cientos de millones de hombres y mujeres, de hacer el bien en vez del mal y obtener como recompensa bendiciones en lugar de maldiciones”.⁹

Cuarta lección. Thomas Mann: “Ninguna conferencia, medida técnica, institución jurídica, ni idea de gobierno mundial lograrán avanzar ni un ápice en dirección a un nuevo orden social sin que se desarrolle antes un clima espiritual alternativo, una nueva sensibilidad hacia la nobleza de espíritu”.

Quinta lección. Albert Camus: “La historia tiene, quizás, un final; nuestra tarea, sin embargo, no consiste en terminarla, sino en crearla a imagen de lo que en adelante sabemos que es cierto. [...] ¿Se puede rechazar eternamente la injusticia sin dejar de proclamar la naturaleza del hombre y la belleza del mundo? Nuestra respuesta es afirmativa. Esta moral, al mismo tiempo insumisa y fiel, es, en todo caso, la única que ilumina el camino de una revolución verdaderamente realista. Manteniendo la belleza, preparamos ese día de renacimiento en el que la civilización pondrá en el centro de su reflexión, lejos de los principios formales y los valores degradados de la historia, esa virtud viva que fundamenta la común dignidad del mundo y del hombre...”.¹⁰

V

No aprendimos estas lecciones y es por eso que ya han sido olvidadas. Es apenas sorprendente. Cualquier persona con conocimiento de nuestra historia cultural, de la historia del declive de los valores y la pérdida del espíritu europeo, que reflexione sobre nuestra sociedad contemporánea no podrá evitar coincidir con Albert Camus y Thomas Mann cuando, en una fecha tan temprana como 1947, declaran que el fascismo es un fenómeno político que no ha desaparecido con el fin de la guerra y que pervive como la politización de la mentalidad del rencoroso hombre-masa. Es una forma de política empleada por los demagogos, cuyo único móvil es la ejecución y ampliación de su poder, para lo cual explotarán el resentimiento, señalarán chivos expiatorios, incitarán el odio, esconderán un vacío intelectual debajo de eslóganes e insultos estridentes, y convertirán el oportunismo político en una forma de arte con su populismo.

Nuevamente está manifestándose. Sin embargo, al igual que aquel día de primavera, cuando el doctor encontró una rata muerta y tres más al día siguiente y cada día más, cuando todas las personas sensatas y con entendimiento de las cosas sabían que aquello era un nuevo brote de plaga, pero colectivamente negaban este hecho contundente, ahora, del mismo modo, podemos observar cómo lo que es evidentemente un resurgimiento del fascismo en nuestra sociedad simplemente aún no puede ser nombrado:

*¡No somos fascistas; somos un partido
a favor de la libertad!*

El 3 de octubre de 1940, Thomas Mann da una conferencia en el Claremont College de Los Ángeles, sobre “Guerra y Democracia”. Lleva siete años en el exilio, pues no puede vivir en la Alemania de Hitler. Antes, vivió en Múnich por más de treinta años y vio directamente cómo puede llegar al poder un movimiento fascista, gracias, en parte, a un dominio total de la falsedad: las palabras son separadas de sus significados y reducidas a consignas. Con sus propios ojos, vio, primero en salones y cafés, luego en las calles y en reuniones masivas, cómo se imprimía en la mente de las personas comunes la idea de que había un movimiento político y un líder para ellos. Un hombre que estaba dispuesto a dedicar su vida a las necesidades, intereses y libertades de las personas comunes y corrientes, que alzaría la voz y defendería los valores del pueblo alemán. Y una de las razones por la que la gente cree en este líder es que no pertenece al *establishment* político, sino que es un verdadero hombre del pueblo y habla su idioma. Con base en esta experiencia, Thomas Mann advierte a su público en Estados Unidos: “Déjenme decirles la verdad: si alguna vez el fascismo llega a Estados Unidos, lo hará en nombre de la libertad”.

¡No somos fascistas; el islam es fascista!

El islam, como cualquier otra religión, tiene muchas facetas. En su mejor versión, una religión será liberadora para sus seguidores, los alentará a amar

la vida mediante el amor a sus prójimos, impulsará en ellos la compasión, la justicia, la clemencia, la hospitalidad y el respeto por la naturaleza. En su peor expresión, una religión es fundamentalista y totalitaria, subyuga a las personas, les arrebató su libertad y es intolerante. Los islamistas dedican su vida al Estado Islámico, puro y perfecto —y, por lo tanto, totalitario—; en Irán, los fundamentalistas ya han puesto esto en práctica. La historia del cristianismo también ha conocido episodios de visiones apocalípticas, de anhelo por un mundo cristiano puro, un reino de Dios en la tierra, anhelo que fue utilizado como justificación para cruzadas, guerras religiosas, inquisiciones, quema de brujas y herejes, creación de guetos, odio y antisemitismo que terminó en fábricas de muerte. El judaísmo también tiene sus fundamentalistas. Todas las religiones pueden volverse totalitarias, al igual que toda ideología puede serlo. Y cualquier resistencia a la injusticia, o a la supuesta injusticia, puede degenerar en terror y terrorismo.

Sin embargo, no debemos olvidar que el fascismo tiene una historia preeminentemente *europea*. Sus raíces están en *nuestra* cultura de la inconsciente sociedad de masas. Las fábricas de la muerte se alzaron *aquí*, y es *aquí* donde el terror totalitario y los asesinatos ocurrieron. Nosotros recibimos con los brazos abiertos a esos demagogos, para luego mirar sus actos con apatía. Fue en esta sociedad anegada en odio que el miedo a la libertad y la resistencia a todo lo diferente se cultivaron. Y nuevamente están cultivándose.

¡El mayor peligro es la islamización!

La crisis financiera tiene consecuencias de largo alcance para nuestra prosperidad. La economía globalizada, con China y la India como sus nuevas superpotencias, también tendrá importantes consecuencias socioeconómicas. La crisis mundial del medio ambiente puede ser catastrófica para el futuro de nuestro planeta. Nuestra democracia se encuentra en crisis. Los partidos políticos ya no tienen principios ni proyectos; la confianza en la política y en el gobierno ha disminuido a un nivel peligroso; las elecciones han sido reducidas a un carnaval de banalidades vacías de contenido.

Sin lugar a dudas, nuestra sociedad padece una profunda crisis cultural. Ya no sabemos más cuáles son nuestros valores espirituales comunes, la educación ya no provee formación personal ni instrucción moral, y ya no tenemos idea alguna sobre cuáles podrían ser las respuestas a las preguntas fundamentales que constituyen la base de toda civilización ideal: ¿Cuál es la forma correcta de vivir? ¿Cómo es una buena sociedad?

¿Qué relación tiene el islam con todas estas crisis? Ninguna. ¿Hay un movimiento político serio, en la comunidad islámica europea, que pretenda “islamizar” Europa? No. ¿Hay fanáticos entre los musulmanes que reciben con alegría y alborozo cualquier cosa que parezca una crítica o una burla a lo que consideran sagrado, ansiosos por responder con terror y muerte? Sí. ¿Hay fundamentalistas islámicos que odian a Occidente y que quisieran limpiar el mundo entero de infieles y de todo lo no islámico? Ciertamente. Pero, más que el fundamentalismo islámico, una amenaza mucho mayor para nuestra sociedad es la crisis inherente a la sociedad de masas: la crisis moral, la creciente trivialización y embrutecimiento de nuestra sociedad.

Esta crisis de la civilización es la verdadera amenaza a nuestros valores fundamentales, que debemos proteger y mantener para seguir siendo una sociedad *civilizada*. Más aún, el fundamentalismo islámico y el terrorismo jamás serán vencidos mediante el fascismo europeo.

¡No somos fascistas porque somos projudíos!

Existen muchas y muy buenas razones para leer la estupenda novela de Giorgio Bassani *El jardín de los Finzi-Contini*. Una de ellas es aprender que muchos miembros de la rica clase media italo-judía eran partidarios de Mussolini.

El 23 de marzo de 1919, Mussolini funda sus *Fasci italiani di combattimento*, que más tarde se convertirán en el *Partito Nazionale Fascista*. Poco después, Ettore Ovazza, presidente de la comunidad judía de Turín, se une al partido. Su fe en el fascismo es profunda y la defenderá con vehemencia, por ejemplo, mediante la creación del periódico *Nostra Bandiera*, con el cual difunde una ideología fascista en nombre de los judíos. Mussolini agradece esto. Él no tiene problemas con los judíos. Su amante es

judía, un miembro de su gabinete es judío. Hasta finales de los años treinta, *Il Duce* aborrecía al *Führer*. Declara con orgullo: “¡El fascismo es un régimen asentado en las grandes tradiciones culturales del pueblo italiano! El nacional socialismo es pura barbarie”. Y a Nahum Goldmann, uno de los líderes del Congreso Judío Mundial, le confiesa: “Hitler es un idiota, un mocoso fanático. Cuando no quede rastro de Hitler, los judíos seguirán siendo un gran pueblo. Los judíos y nosotros los italianos somos grandes poderes históricos. Herr Hitler es una broma”.

Pero no se puede confiar en un fascista. En 1938, cuando a *Il Duce* convino congraciarse con el *Führer*, se implementaron leyes raciales en Italia. Ni siquiera los judíos fascistas escaparon a la muerte.

El fascismo no es antisemita por definición. Sin embargo, no puede operar sin la fantasía del “enemigo” omnipresente. Ser projudío o pro-Israel no impide a nadie ser fascista.

*¡Somos defensores de valores humanistas
y judeocristianos!*

Otra mentira. Un eslogan creado por y para los semicivilizados, que suponen que deben tener algo que decir sobre su *propia cultura*.

Cualquier persona que realmente asuma estos valores habrá aprendido necesariamente este mandamiento: “Amaréis, pues, al extranjero; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto” (Deuteronomio 10:19).

El defensor de estas tradiciones siempre creará en una ética universal que incluya a todas las personas. Nuestra verdadera identidad no está determinada por la nacionalidad, el origen, el idioma, las creencias, la riqueza, la raza ni por ninguna de las cosas que distinguen a las personas, sino precisamente por aquello que compartimos y que hace posible la unidad de la especie humana: los valores espirituales universales que dan forma a la dignidad humana y que todo hombre y mujer puede adoptar. De ahí que, en estas tradiciones, la educación sea puesta muy por encima de los intereses materiales y que la vida sea vista como un ejercicio permanente de aprendizaje y defensa de valores absolutos como la verdad, la justicia, la compasión y la belleza. Estas

tradiciones colocan a las artes, los clásicos, la filosofía y la teología en el centro de la educación, pues constituyen las herramientas más importantes para instruirnos en la virtud y que nos ayudarán a adquirir cierta sabiduría.

El seguidor de estos principios dará lo mejor de sí para resistir a la cultura social del resentimiento, a la condenación de chivos expiatorios sólo porque pertenezcan a diferentes credos y a todo el odio que incita esta demagogia.

El seguidor de estos principios no buscará controlar a las masas sino encumbrar a las personas.

El seguidor de estos principios se adherirá a la idea del espíritu europeo y promoverá una unificación política de Europa.

El seguidor de estos principios conocerá el mandamiento: “No hurtaréis, y no engañaréis ni mentiréis el uno al otro” (Levítico, 19:11).

Quien pretenda realmente ser un humanista rechaza toda forma de fanatismo y aprende la cortesía del corazón y el arte de la conversación, el diálogo.

En los Países Bajos, lo que el Partij voor de Vrijheid (Partido Popular por la Libertad y la Democracia; PVV por sus siglas en neerlandés) ofrece es el impúdico opuesto de las tradiciones humanista y judeocristiana: materialismo vulgar, nacionalismo opresivo, xenofobia, municiones para el resentimiento, una profunda aversión hacia el arte y el ejercicio de valores espirituales, una sofocante intolerancia espiritual, una feroz resistencia al espíritu europeo, y mentiras constantes como forma de política.

El ejemplo más perverso de su mendacidad es el siguiente comentario del programa político del Partido por la Libertad holandés. Puede encontrarse en el capítulo “Optando por nuestra cultura”, bajo el encabezado “Soluciones”: “El 4 de mayo conmemoramos a las víctimas del (nacional) socialismo. El 5 de mayo celebramos nuestra liberación. Esto seguirá siendo así. El 5 de mayo será un día de fiesta nacional anual”.

En verdad dice eso: ¡(nacional) socialismo! Puesta la palabra *nacional* entre paréntesis ¡el énfasis recae en socialismo! Aparentemente, Hitler era un socialista y así las víctimas que recordamos el 4 de mayo son realmente las víctimas del socialismo, de la “izquierda” tan odiada por el Partido de la Libertad. Es una señal del verdadero carácter del PVV: poner a la verdad entre

paréntesis, torcer los hechos sin vergüenza, mentir continuamente.

¡Muchos intelectuales nos apoyan!

Efectivamente. La traición de los intelectuales es un fenómeno eterno. El conformismo y la estupidez política parecen ser rasgos que muchos de nuestros amigos eruditos comparten.

¡Más y más jóvenes están votando por nosotros!

Los hijos de este mundo nuevo afirman que para ellos la vida es más difícil de lo que nunca fue para nosotros, porque a ellos les fue reservada la aventura, la absoluta incertidumbre, mientras que a nosotros nos fue permitido crecer en la seguridad económica de la época burguesa. El hecho decisivo es que ya no saben qué es ‘civilización’ en el sentido más alto y más profundo, el trabajo en uno mismo, la responsabilidad y el esfuerzo individuales. En cambio, buscan la comodidad en la vida colectiva. La vida colectiva es una esfera relajada en comparación con la individual, relajada hasta el extremo del libertinaje; lo que la generación colectivista desea, aprueba y se concede son las vacaciones permanentes del Yo. Lo que quieren es intoxicarse. Esta juventud ama la posibilidad en sí misma de perderse en la masa, y escapar así de la seriedad de la vida personal, sin tener que preocuparse mucho por el destino de la marcha de la masa. Invitada a determinar con mayor precisión la felicidad que encuentra en esto, muestra poca inclinación a ofrecer explicaciones concretas. La intoxicación de la masa, que libera al Yo de su propio peso, es un objetivo en sí mismo. El objetivo es la liberación del pensamiento, o más precisamente la liberación de la moral y de la racionalidad en general, y, por supuesto, también la liberación del miedo, el miedo a la vida, que nos lleva a unirnos colectivamente, buscando el calor y cantando muy fuerte.

THOMAS MANN, “Advertencia a Europa”, 1938

¡Apoyamos especialmente a las personas que lo tienen difícil!

José Ortega y Gasset, Paul Valéry y Thomas Mann advirtieron que la sociedad europea sería puesta a prueba por una crisis de la civilización provocada por la pérdida de valores espirituales. Advirtieron también que todos los otros signos de la crisis (la crisis económica, el empobrecimiento de la educación y del conocimiento de las musas, la agresión y el miedo crecientes a la libertad, la crisis de identidad) son las consecuencias de esta crisis de civilización.

Para poder determinar qué clase de política puede atender realmente las necesidades de “los que trabajan duro”, antes debe plantearse una pregunta distinta: ¿ha terminado ya la crisis de la civilización del siglo XX? Una mirada a un puesto de periódicos cualquiera puede ayudarnos a identificar qué valores tenemos ahora y qué es lo que de verdad nos parece importante. Este kiosco, en un aeropuerto o en una estación de metro, es un microcosmos, un reflejo de la cultura en la que vivimos, ya que encontraríamos los mismos periódicos y revistas en otras partes —no estarían ahí si no hubiera un vasto número de lectores para ellos.

Siempre hay un estante para revistas sobre computación y otras innovaciones tecnológicas, que revelan el interés que tenemos por la tecnología y el desarrollo tecnológico. También es habitual el estante con revistas sobre autos veloces y aún más veloces motocicletas, señal de nuestra obsesión con el tiempo y la velocidad: entre más rápido mejor. La información financiera y económica es inevitable. A un lado, las fotografías de celebridades y estrellas del espectáculo nos sonríen. Son también ya un hito, es imposible imaginar a nuestra sociedad sin ellas. Y antes de dejar el quisco, vemos las publicaciones que nos ofrecen lo último en estilo de vida, belleza y sexualidad.

La siguiente pregunta es: ¿por qué conferimos tanto valor, en nuestra sociedad, a la tecnología, la velocidad, el dinero, la fama, el acicalamiento y las apariencias? La respuesta a esta pregunta puede encontrarse en algo que dijo Sócrates hace veinticinco siglos, cuando, en una conversación con amigos, criticó el tipo de vida que se centra en el placer e ignora el bien más alto. Ésta es la definición de un fenómeno que se convertiría en un concepto

hasta el siglo XX, y entonces comenzaría su imparable marcha: lo *kitsch*. La nuestra es una sociedad kitsch pues en ella el bien más alto, los valores espirituales, es desechado y nuestra existencia entera es vivida bajo el emblema del placer. Las consecuencias de esto son largas y profundas.

Dado que ya no hay valores espirituales absolutos, tampoco hay una medida para nuestras acciones y todo se vuelve subjetivo. Mi yo particular, mi ego, se convierte en la medida de todo y entonces lo único que importa es qué siento yo, qué pienso yo. Yo insisto en que *mi* gusto, *mi* opinión, *mi* forma de ser deben ser respetados, de lo contrario me sentiré ofendido. El delicado ego, como media de todas las cosas, no tolera la crítica de los otros y no conoce la autocrítica. La identidad personal ya no es, tampoco, expresión de valores espirituales (¿quién soy?), sino de materialidad: ¿qué tengo y cómo me veo? Literalmente es posible comprar la identidad, adaptarla, cambiarla. La pulsión constante a comprar y poseer no es, entonces, una manifestación de codicia, sino el deseo de tener una identidad que podamos mostrar a tantas personas como sea posible, con la esperanza y la expectativa de que nos encuentren *agradables*. La vida espiritual ya no es relevante. Todo consiste en sentirse bien. Y nos sentimos mejor cuando todo es cómodo y placentero. Placentero: es la medida definitiva para todo aquello en lo que invertimos tiempo. Nuestras relaciones de pareja deben ser placenteras, nuestras amistades también, y nuestros estudios y trabajo. Queremos que nos entretengan en nuestro tiempo libre, por lo tanto los medios masivos de comunicación, los deportes, los juegos, los pasatiempos y el arte deben ser, por encima de todo, placenteros. En el poco probable caso de que no nos sintamos bien, y cuando cambiar de pareja o de trabajo no ayude, tomar una pastilla pronto hará que ese sentimiento desagradable desaparezca. Afortunadamente, estos remedios pueden comprarse y están siempre disponibles.

Cuando nada es absoluto, nada es eterno tampoco: todo es finito y transitorio.

Es por esto que ya no tenemos tiempo ni paciencia y por lo que estamos obsesionados con la velocidad y lo nuevo. Ésta es la razón de nuestro miedo profundamente arraigado a la muerte, de nuestra necesidad de ser eternamente jóvenes, de nuestra idolatría a la juventud y de la infantilización inherente a

todo esto.

En una sociedad kitsch, la política deja de ser una plaza pública para el debate serio sobre lo que es una buena sociedad y cómo puede alcanzarse. Se ha convertido principalmente en un circo en el que las personas tratan de ganar y mantener poder político mediante consignas y estrategias de imagen pública. En esta sociedad la economía está dominada por el espíritu del comercio, que quiere ganar dinero a costa de todo lo demás (las personas, el medio ambiente, la calidad) y que exige, a todos los que caen presas de su embrujo, conformarse, ser competitivos, productivos, eficientes, y, sobre todo, no ser ellos mismos. La educación ya no está dirigida a formar el carácter de las personas para ayudarlas a vivir en la verdad y crear belleza, a permitir que la justicia se lleve a cabo y a transmitir cierta sabiduría. Ha degenerado en un instrumento para la difusión de lo útil: conocimiento que es utilizable para la economía, todo lo que se debe saber para ganar dinero.

Donde reina lo kitsch, nada conserva un valor intrínseco. Todo lo que hay —todo a lo que se le permite existir— está ahí porque es considerado útil o placentero. Lo kitsch es la tentación irresistible de lo placentero y lo hermoso, pero se trata de una belleza sin verdad. Es similar a un producto cosmético que es usado para seducir pero que también busca ocultar: el ocultamiento de un insondable vacío espiritual. Lo kitsch es la mentira que sugiere que una cosa tiene valor y es importante, cuando en realidad se trata de una huida constante de nuestra propia alma, que sabe que las apariencias son engañosas. De ahí el anhelo de un olvido total: intoxicación. Pero la intoxicación nunca dura para siempre. Una vez que pasa, la vida deja de ser placentera y nos horrorizamos al descubrir nuestro propio sinsentido. Es entonces cuando el resentimiento, el odio y el rencor despiertan en el hombre-masa.

En mayo de 1960, el editor italiano Giangiacomo Feltrinelli escribe una carta al poeta ruso Boris Pasternak, cuya novela *Doctor Zhivago* había publicado. “El ‘Cuarto Reich’ es la era de las concesiones, el dinero y la pobreza espiritual.” En esta oración condensa puntualmente la traición de las élites sociales.

Nadie nace siendo un hombre-masa. Lo contrario también es cierto. Convertirse en adulto implica hacerse consciente de las grandes preguntas de

la vida, principalmente la pregunta por el sentido. Pero muchas personas, sobre todo aquellas que “lo tienen difícil”, se ven desamparadas en su búsqueda de respuestas a estas preguntas y en sus intentos por vivir libre y responsablemente.

Son dejadas en el desamparo por intelectuales nihilistas que aseguran que el humanismo ya caducó, que la verdad absoluta y los valores espirituales no existen, que nada tiene un valor perdurable y que los valores universales, eternos, son historia. De hecho, todo es insignificante, piensan estos sofistas—sin darse cuenta de que ellos mismos son lo más insignificante que hay—. La gente también es dejada en el desamparo por intelectuales conservadores que no pueden entender que, precisamente porque la verdad es absoluta, siempre debemos estar preparados para ver las distintas formas que la verdad adopta a través del tiempo, y que, para ser fieles a la verdad y vivir en la verdad, debemos estar atentos a lo nuevo y al cambio. Debemos buscar configuraciones significativas si queremos evitar caer en el oscurantismo e ir por la vida adormecidos y anquilosados.

La gente es dejada en el desamparo por el sistema educativo. Éste ha abandonado la tradición liberal de enseñar las artes y a los clásicos, una educación que ofrecía una instrucción moral y espiritual mediante la cual el individuo podía convertirse en una persona libre y responsable, y que ahora ha sido torcida por los dictados de lo que es útil para los negocios y el Estado.

La gente es dejada en el desamparo por la élite empresarial, el grupo con mayor influencia nuestra democracia capitalista. Ha envenenado a la sociedad con la idea de que ganar mucho dinero es lo más importante en la vida. Al difundir la fe en el “valor de mercado” como la medida absoluta para determinar lo que es importante y lo que no, esta élite ha socavado todo aquello con un valor inmaterial y que no genera dinero (aunque su cuidado sí implique un gasto económico): el arte, nuestro patrimonio cultural, la atención a personas vulnerables.

La gente es dejada en el desamparo por las élites políticas tanto de izquierda como de derecha, que han renunciado a sus principios e ideales por la moneda falsa del favor de los votantes y la necesidad de adaptarse a la corriente. Guiados por la conveniencia y un pragmatismo carente de

imaginación, lo que estos políticos ofrecen es populismo. Pero el populismo siempre es falaz, pues no es más que la representación de los miedos y deseos actuales de la sociedad de masas y su cultura kitsch. Es por esto que no puede solucionar nada; a la larga sólo agravará la crisis, en sus diversas formas. Podemos escucharlo en la retórica de estos políticos; su discurso se limita a blandir términos como: nuestra economía, su dinero, nuestro país, seguridad, social, antisocial, reducción de costos, déficit, tradición... Casi nunca presentan un proyecto real, o evidencia de ser conscientes de que la esencia de nuestra crisis es una crisis de la civilización, que la crisis económica es *de facto* una crisis moral que no será resuelta con mayor vigilancia, que nunca seremos capaces de apreciar y articular nuestras experiencias más profundas sin el lenguaje de las musas, y que la violencia no será desterrada con más leyes y castigos más duros, sino sólo mediante el desarrollo de la conciencia. No saben nada de la vida del intelecto ni de valores espirituales. Para ellos, sólo el poder importa, un ciego anhelo de poder, que todo lo tolera y que se niega a ver el ascenso del fascismo.

Esta traición de las élites convierte al hombre en hombre-masa y reduce su identidad a la de cliente, votante, público o adicto al dinero. Cada vez hay menos oportunidades y menos estímulos para ser libres y responsables como lo fueron Sócrates y Spinoza. Sólo mediante la práctica del arte de la vida y el dominio de las virtudes y los valores espirituales que dignifican la existencia podemos convertirnos en personas justas y felices, y ser verdaderamente libres.

Si en la cultura kitsch del hombre-masa el populismo se mezcla con grandes dosis de nacionalismo, resentimiento y odio, veremos salir de entre las sombras el verdadero rostro del fascismo. Son estos demagogos, que no resuelven nada, quienes realmente “lo tienen difícil”. El fascismo abusará de estos personajes como siempre lo hace: mediante el imperio de la mentira.

¡No somos violentos!

Antes de que una planta venenosa pueda esparcir sus toxinas y hacer daño, primero debe crecer. Estamos al comienzo del fascismo contemporáneo y no

debemos compararlo con el fascismo de finales del siglo XX, sino con los orígenes de aquél.

En 1935, el comunista italiano Palmiro Togliatti imparte sus “Lecciones sobre el fascismo”. Se trata de un documento importante, pues en él un compatriota y contemporáneo de Mussolini ofrece el primer análisis de la nueva política. Sugiere que el fascismo adoptará distintas formas en distintos países pues no hay ideas ni valores universales subyacentes al credo fascista. También señala que Mussolini fue capaz de llegar al poder democráticamente gracias a una agenda social que incluía la defensa del derecho al voto para las mujeres. De acuerdo con Togliatti, el fascismo no tenía originalmente rasgos totalitarios en Italia, y, en los primeros años de su mandato, Mussolini luchó por alcanzar un gobierno de coalición. Ciertamente, Mussolini no tenía empacho en permitir que pandillas de rufianes amedrentaran a líderes de la oposición, o en hacer uso de la fuerza militar tras la Gran Guerra, sin embargo, esencial a su éxito era la creencia generalizada, en casi todos los estratos de la sociedad, de que las cualidades de liderazgo de *Il Duce* traerían seguridad, prosperidad y orden a Italia.

El nacionalsocialismo llegó al poder de forma democrática también, sin haber sido nunca el partido mayoritario. La falta de integridad moral y la sobrevaloración de los conservadores de sus propias capacidades permitieron a los nacionalsocialistas tomar el poder —al que ya no renunciarían—. No podían renunciar a él, pues la única razón de su existencia era el poder por el poder mismo y el cultivo del resentimiento. La frustración conduce al resentimiento y el resentimiento conduce a la violencia, la violencia conduce a más violencia y así *ad infinitum*.

Esto es lo que nos enseña la Historia y lamentablemente la naturaleza humana no ha cambiado. Las instituciones encargadas de protegernos existen sólo por gracia de la confianza que las personas tienen en ellas. Demos el poder a demagogos y charlatanes, usemos los medios masivos de comunicación para alentar la idea de que este líder, este político antipolítico, es la única persona que puede salvar al país y entonces las instituciones constitucionales y democráticas desaparecerán, tan rápido como las autoridades se volverán impotentes, pues ya nadie cree en ellas.

¡Somos antifascistas!

En 2004, el historiador estadounidense Robert O. Paxton, eminente especialista en la historia del fascismo, publicó el impactante libro *Anatomía del fascismo*. Ahí señala que, en el siglo XXI, ningún fascista aceptaría ser llamado así. Los fascistas no son tontos; este rechazo al nombre “fascista” es congruente con su maestría en el arte de la mentira. Los fascistas contemporáneos son en parte reconocibles por lo que dicen, pero también por su forma de operar. Al igual que Togliatti, Paxton afirma que el fascismo, debido a su alarmante falta de ideas y valores universales, siempre adoptará las formas y colores de la cultura y época en que se desarrolle. Así, el fascismo en Estados Unidos será religioso y antiafroamericano, en Europa Occidental será secular y antiislámico, en Europa Oriental será católico u ortodoxo y antisemita. La técnica empleada es la misma en todas partes: hay un líder carismático, él o ella será populista para lograr movilizar a las masas; el grupo al que pertenece siempre es la víctima (de la crisis, las élites o los extranjeros), y todo el resentimiento es dirigido hacia un “enemigo”. Los fascistas no necesitan un partido político democrático constituido por miembros individualmente responsables; lo que necesitan es un líder autoritario y seductor al que se le atribuyen instintos superiores —las decisiones no requieren argumentos que las sostengan—, un líder de facción que pueda ser seguido y obedecido por las masas. El contexto en el que esta forma de política puede triunfar es una sociedad de masas que ha padecido crisis y que no ha aprendido las lecciones del siglo XX.

VI

En los Países Bajos, Geert Wilders y su Partido Popular por la Libertad y la Democracia representan prototipos de fascismo contemporáneo, y como tales no son más que la consecuencia política lógica de una sociedad de la que todos somos responsables. Este fascismo contemporáneo es, una vez más, la consecuencia de partidos políticos que han renunciado a su tradición intelectual, de intelectuales que han cultivado un nihilismo guiado por la sola

búsqueda del placer, de universidades que no son dignas de ese nombre, de la avaricia del mundo de los negocios y de medios masivos de comunicación que prefieren ser los ventrílocuos de la gente en lugar de un espejo crítico. Éstas son las corrompidas élites que han generado el vacío espiritual en el que el fascismo puede crecer otra vez.

VII

Cuatro años después de que apareciera su novela *La peste*, Albert Camus publica su ensayo más importante, *L'homme révolté* (*El hombre rebelde*), en el que examina la cultura europea para poder determinar las causas de la deshumanización de Europa. Quiere entender cómo y por qué tantas personas educadas, en una sociedad refinada, con desarrollo tecnológico y progreso económico, pueden ser capaces de barrer con los valores que constituyen la base de nuestros ideales de civilización. Nos da la respuesta en la última página: los hombres y mujeres de Europa “no creen ya en lo que es, en el mundo y en el hombre viviente; el secreto de Europa es que no ama ya la vida”.¹¹

No ama ya la vida. Éste es el terrible secreto de la política fascista y de la sociedad kitsch y nihilista en la que puede surgir nuevamente. Una vez que redescubramos nuestro amor por la vida y decidamos entregarnos a lo que realmente da vida —la verdad, el bien, la belleza, la amistad, la justicia, la compasión y la sabiduría—, sólo entonces y no antes, nos volveremos resistentes a ese bacilo mortal llamado fascismo.

-
- ¹ Traducción de Jesús López Pacheco (Madrid, Alianza, 1966).
 - ² Traducción de Guillermo Sheridan (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007).
 - ³ Traducción de Ximena Garcés de Arteche (varias ediciones).
 - ⁴ Traducción de Andrés Sánchez Pascual (Madrid, Alianza, 2000).
 - ⁵ Traducción de Dolores Sánchez de Aleu (Madrid, Alianza, 2002).
 - ⁶ Basado en la traducción de Rob Riemen.
 - ⁷ Traducción de Pilar Gómez Bedate (Barcelona, Muchnik Editores, 1989).
 - ⁸ Traducción de Jacobo Muñoz (Madrid, Ediciones Morata, 1998).
 - ⁹ Traducción de Miguel A. Ruiz de Azua (Madrid, Moneda y crédito, 1972).
 - ¹⁰ Traducción de Luis Echávarri (Buenos Aires, Losada, 1953).
 - ¹¹ Traducción de Luis Echávarri (Buenos Aires, Losada, 1953).

II
EL REGRESO DE EUROPA.
SUS LÁGRIMAS, SUEÑOS Y HAZAÑAS

El verdadero uso de la facultad imaginativa en los tiempos modernos es vivificar los hechos, la ciencia y las vidas comunes, dotándolos del brillo, los esplendores y la distinción definitiva que corresponde a cada cosa real y únicamente a ella. Sin dicha vivificación suprema —que sólo el poeta y otro tipo de artista puede dar— la realidad luciría incompleta; la ciencia, la democracia y la vida misma serían, a fin de cuentas, inútiles.¹

WALT WHITMAN, *Hojas de hierba*

I. *ET IN ARCADIA EGO*

Imagine: Europa, esa bella princesa fenicia, quien según la tradición griega fue seducida y secuestrada por Zeus bajo la apariencia de un toro, para después ser arrastrada por la marea, casi ahogada, a las costas de Creta, donde se convertiría en la orgullosa madre e inspiración espiritual de una civilización de inmensa riqueza cultural. Imagine que ella, la princesa Europa, regresa a esa parte del mundo a la que le dio su nombre, porque fue ahí donde su cultura e idea de la civilización florecieron por primera vez. Regresa, pues ha estado lejos. Muy lejos. En el siglo XX: la aniquilación masiva de seres humanos; pueblos enteros, como los judíos y los armenios, desarraigados, su herencia

cultural y sus valores destruidos. En el siglo XXI: una sociedad que se llama a sí misma europea, pero que atribuye el mismo significado a su civilización y cultura que, por ejemplo, a la civilización egipcia, con su culto a la muerte y sus pirámides y sus faraones momificados —una cultura interesante, incluso asombrosa, digna sin duda de atención turística y académica, pero, dejando eso a un lado, por completo ajena a nuestro tiempo—. El espíritu europeo se ha ido de esta Europa. Era inevitable. Con nostalgia, la princesa Europa recuerda como en 1946, en Ginebra, se reunió un grupo de intelectuales para discutir el significado, la necesidad de *l'esprit Européen* para la reconstrucción de un mundo en ruinas. Pero incluso entonces, la princesa sospechó que el número de oyentes para esos discursos, tan eruditos como apasionados, se limitaría a los cuarenta dialogantes reunidos en ese auditorio mohoso. Un escepticismo similar se apoderó de la princesa Europa cuando escuchó acerca de la iniciativa de varios intelectuales judíos y un editor que había sobrevivido a la Shoa, a saber, la publicación de una nueva revista que llevaría por título *European Judaism* (Judaísmo europeo). Desde el principio, pensó que el nombre expresaba un anhelo que nunca llegaría a concretarse. La princesa Europa, con su civilización y cultura, se encontró a sí misma exiliada en el reino del pasado y en el vecino reino del olvido.

Ahora imagine que esta princesa regresa del exilio. No sabemos por qué medios, pero está de regreso. ¿Cómo debemos imaginar su retorno? No tiene hogar ni residencia fija. La princesa, entonces, entrará a un hotel y se presentará como... Europa. Y es ahí donde empieza el problema, porque el atento recepcionista le pedirá su pasaporte. No tiene uno, no puede tenerlo, porque no pertenece a ninguna nacionalidad particular. Esto es un problema, sin duda, pero, dado que el hotel dista de estar lleno y el recepcionista no es insensible a la suave expresión y encantadora apariencia de la joven, amablemente le dará a entender que, si realmente no tiene ninguna identificación consigo —“Es posible, señorita, lo entiendo. No ocurre muy a menudo, pero a veces es así y, bueno, los documentos son sólo papeles. Es el ser humano el que importa, ¿no es así? Con frecuencia lo olvidamos. Pondré cualquier cosa en nuestro registro”—, puede darle una habitación sin ningún cargo extra, con desayuno incluido y que... Cuando Europa admite que

tampoco lleva dinero consigo, la sonrisa instalada en el rostro del recepcionista desaparece y éste le pregunta asombrado por qué, en tal caso, ha entrado a un hotel.

“Pero eso ya lo sabe”, responde Europa con una sonrisa. “Estoy aquí porque necesito una habitación.”

“Sin dinero para pagar”, dice severamente el recepcionista. Después, como si de repente hubiera entendido algo, su tono se vuelve amigable otra vez: “No tiene pasaporte ni dinero. ¿Puedo preguntar de dónde es usted?”.

Europa contesta: “Nací en Fenicia, hace mucho tiempo. Ese lugar ahora se llama Líbano. Desde entonces he estado en todas partes...”.

“Ahora entiendo”, interrumpe el recepcionista. Después, baja la voz para que ninguno de los huéspedes que están en el lobby puedan oírlo: “Me doy cuenta de que es una refugiada, y sin duda la ayudaría si pudiera. Pero esto es un hotel, no un albergue para refugiados, y usted no tiene dinero para pagar por una habitación. En verdad lo lamento, pero no podemos ayudarle aquí”.

“Amable señor, usted está equivocado. No soy una refugiada. Soy más bien una exiliada que regresa. Al menos —agrega con cierta melancolía—, soy una exiliada que intenta regresar a donde su hogar debería estar. Es cierto que no tengo dinero, pero no sabía que eso sería tan importante en este lugar. Tengo, en cambio, algo invaluable, algo infinitamente más importante, algo que escasea gravemente en este lugar.” Responde al rostro de incredulidad del recepcionista con una sonrisa y en voz baja le dice: “Tengo un alma”.

Tras decir esto, la princesa Europa se desvanece en el aire, dejando al recepcionista atónito. Sólo puede pensar que no debió beber esa media botella de vino blanco en la comida.

Hay un hotel en el que Europa, si la princesa en verdad regresare, sería bienvenida, incluso sin dinero: el Grand Hotel Waldhaus, en Sils Maria. Supe esto cuando me llegó una invitación, de un amigo suizo, para organizar uno de los encuentros del Coloquio sobre Nietzsche, celebrado cada año en el Grand Hotel Waldhaus, con el tema “Nietzsche, Thomas Mann y el futuro de Europa”.

Grand Hotel Waldhaus. Estuve ahí alguna vez, hace años. Sils Maria, en los Alpes suizos de la Alta Engadina, entre dos lagos de un azul profundo, es

uno de los lugares más hermosos en la tierra. Así lo reconoció Marcel Proust, un hombre de una gran sensibilidad para la belleza, cuando, en agosto de 1893, pasó ahí varias semanas. En su primer libro, *Los placeres y los días* (1896), cuenta cuán conmovido se siente por la sobrecogedora belleza de Sils Maria y sus alrededores. Camina junto a un lago rodeado por pinos y montañas cubiertas de nieve. El sol se oculta, el agua se vuelve de todos los colores, y de repente Proust ve una, dos, cinco pequeñas mariposas que vuelan valientemente de una orilla a otra. Ante tanta belleza, los ojos del escritor se llenan lágrimas.

Proust no fue la única persona encantada por Sils Maria, ni tampoco la primera. En 1879 —casi por casualidad, pues pensaba quedarse a unos kilómetros de distancia, en St. Moritz— Friedrich Nietzsche visitó el alto valle y su pequeña aldea por primera vez. De inmediato se dio cuenta de que había descubierto su Arcadia. El aire puro de las montañas, el silencio que sólo era roto por el canto de un pájaro o por el rumor del viento, el esplendor de la naturaleza y la hospitalidad de la gente local, incluido un cura con quien hizo amistad, todo esto trajo paz a Nietzsche. Durante largas y solitarias caminatas, logró dar orden a un desenfrenado flujo de pensamiento, para luego asentarlos en papel, en una pequeña casa, escasamente amueblada. Nietzsche pasó siete veranos en su Arcadia, y desde entonces Sils Maria ha estado relacionado inseparablemente a su nombre.

Nietzsche quería ser un “buen europeo”, y ciertamente no un alemán. En el verano de 1881, en Sils Maria, comenzó a tomar notas para un libro que se llamaría *La gaya ciencia*, en el que advierte que

no somos, ni de lejos, lo suficientemente ‘alemanes’, en el sentido en que hoy la palabra ‘alemán’ anda en boca de todos, para decir lo que le gusta oír al nacionalismo y al odio de raza, para poder alegrarnos con la sarna del corazón, y con el envenenamiento de la sangre ‘nacionales’ por cuya causa ahora los pueblos se cierran y candan unos a otros en Europa como si estuviesen en cuarentena. [...] Nosotros somos, en una palabra —¡y va a ser nuestra palabra de honor!—, *buenos europeos*, los herederos de Europa, los ricos, repletos, pero también excesivamente obligados herederos de milenios del espíritu Europeo [...].²

Algunos años después, otra vez en Sils Maria, en el verano de 1886, escribe en el prólogo del segundo volumen de su *Humano, demasiado humano* que sólo se atreve a confiar sus libros, a los que llama “libros de viaje”, a “vosotros los raros, los más arriesgados, los más espirituales, los más arrojados, los que tenéis que ser la *conciencia* del alma moderna [...], vosotros los *buenos europeos*”.³

Por ello no debe sorprendernos el hecho de que Nietzsche esté convencido de que sean, justamente, las mentes más brillantes las que se percatan de que la unificación política de Europa es inevitable. En *Más allá del bien y del mal* —libro del que recibió las primeras copias en Sils Maria— escribe: “Gracias al morboso extrañamiento que la insania de las nacionalidades ha introducido y continúa introduciendo entre los pueblos de Europa, gracias asimismo a los políticos de mirada corta y de mano rápida que hoy están arriba con la ayuda de esa insania y que no atisban en absoluto hasta qué punto la política disgregacionista que practican no puede ser necesariamente más que una política de entreacto, —gracias a todo eso y a otras muchas cosas, totalmente inexpresables hoy—, ahora son pasados por alto o reinterpretados de manera arbitraria y mendaz los indicios más inequívocos en los cuales se expresa que *Europa quiere llegar a ser una*. [...] Pienso en hombres como Napoleón, Goethe, Beethoven, Stendhal, Heinrich Heine, Schopenhauer [...]. Se hallan emparentados, radicalmente emparentados, en todas las alturas y profundidades de sus necesidades: es Europa, la única Europa, cuya alma, a través de su arte multiforme y tumultuoso, aspira a ir más allá, más arriba...”⁴

Como si hubieran escuchado el llamado de Nietzsche, los “buenos europeos” llegaron a Sils Maria en grandes números; la mayoría se hospedó en el Grand Hotel Waldhaus. Thomas Mann pasó ahí incontables vacaciones, antes y después de su exilio en Estados Unidos. En su última visita, en agosto de 1954, se quedó por dos semanas: en esos días, tras desayunar en su balcón, corrigió las pruebas de su ensayo sobre Chéjov; leyó mucho a Schiller y sobre Schiller, para la conferencia que daría un año después, y, en cierta ocasión, con una copa de vermut en la mano, discutió sobre política mundial con su amigo Hermann Hesse. Vino Rilke, también Einstein, Marc Chagall y Oskar Kokoschka. Y músicos, muchos músicos: Bruno Walter, Clara Haskil, Otto

Klemperer, Dinu Lipatti, Wilhelm Kempff, Yehudi Menuhin... Sils Maria, y el Grand Hotel Waldhaus en particular, se convirtieron en el parnaso europeo de los siglos XIX y XX, la sede de las mentes más brillantes de Europa.

Desde luego, acepté la invitación, en parte con la esperanza y expectativa de encontrar ahí a quien tanto quería conocer: la princesa Europa.

Digno de una princesa, el Grand Hotel Waldhaus recibe a los recién llegados con una vista majestuosa. Elevándose por encima de la aldea, sobre una colina, es más un alcázar que una casa, con altas torres y almenas. De frente mira al Lago de Silvaplana y atrás, hacia Piz Corvatsch, cuya cima se encuentra a más de tres mil metros de altura. Adentro están las escaleras de mármol, con su alfombra roja, y el Salón Azul. No, nada ha cambiado. El té de la tarde aún es servido entre cuatro y seis, mientras un trío toca música. El uso de teléfonos celulares en los salones y en el comedor está estrictamente prohibido. Al pedir una bebida no es necesario firmar recibo alguno; las personas se conocen y confían entre sí. El dueño, quien da la bienvenida a todos sus huéspedes en persona, pregunta con gran interés por *Herr Doktor* — un tratamiento reservado para hombres en edad madura, que usan lentes y pierden el cabello, como si la calvicie y los anteojos fueran señal inequívoca de horas incontables de lectura y reflexión— y se siente complacido de poder recibir a Herr Doktor. Cuando le hablo de mis planes de organizar una conferencia sobre “Nietzsche, Thomas Mann y el futuro de Europa”, asiente satisfecho. Mi anfitrión señala: “¡Ciertamente, ciertamente *wichtig!* El futuro de Europa... Verá, aquí *es* Europa, la antigua y *verdadera* Europa, aquí, entre nosotros, ha seguido viviendo. Afortunadamente, usted no es el único interesado en ella. Tiene suerte. En este momento tenemos un pequeño pero *ganz interessante Gesellschaft*, que discute ‘*Ich träume Europa*’. Pero no quisiera demorarlo, usted ha tenido un largo viaje. *Bitte...*”. Abre la puerta que da a mi habitación y me encuentro con la vista del lago que hiciera llorar a Proust, al admirar el esplendor de la naturaleza.

En verdad, como si el tiempo se hubiera detenido, nada ha cambiado en el Grand Hotel Waldhaus. Cualquier persona con algún conocimiento de la historia cultural de Europa podría imaginarse fácilmente, dando sorbos a una

copa de vermut, que Thomas Mann, Hermann Hesse o Clara Haskil y Dinu Lipatti aún están hospedados aquí. Hay música de cámara todas las noches y he tenido la buena suerte de que dos noches han tocado mis piezas favoritas — los cuartetos de cuerda de Haydn, opus 76. Para crear un aura de nostalgia aún mayor, hubo cenas con el tema “*Speisen mit...*”, en las cuales se sirvieron platillos que alguna vez fueron disfrutados por personajes célebres, como Wagner, Proust, Balzac y Thomas Mann. Nietzsche, por supuesto, no figuraba en la lista. Debido a sus problemas intestinales, continuamente estaba a dieta y alimentos como los suyos no hubieran atraído huéspedes al hotel. *Nostalgia*. De eso se trataba. Eso era el Grand Hotel Waldhaus, y el ambiente era cada vez más opresivo. No era que no pudiera disfrutar de la paz, la belleza, la música y las muchas evocaciones a las grandes mentes europeas. Por el contrario. Pero si la vieja Europa celebrada ahí era la verdadera Europa, entonces Europa nunca sería más que un recuerdo nostálgico. En verdad no habría futuro para Europa. ¿Entonces, comencé a preguntarme, qué clase de sueño tendría esa “*ganz interessante Gesellschaft*” sobre Europa?

El grupo, con el que ya me había encontrado durante el desayuno, tenía alrededor de treinta integrantes. Eran, sobre todo, señoras y señores mayores, aunque había cuatro hombres jóvenes vestidos con saco y corbata. La comitiva en su conjunto daba la impresión de vivir a comienzos del siglo XX, y no en el XXI. Cenaban temprano, para retirarse, a eso de las ocho, al Salón Azul, con sus candelabros estilo imperio, sus mesas de roble y sus sillones azules. La conferencia inaugural del encuentro al que había sido invitado, por tratarse de un tema muy cercano a mi corazón —“*kein Problem, herzlich Willkommen*”—, sería impartida por una extraña figura, un personaje a quien ya había visto caminando por el hotel, pero, dado que siempre se sentaba en una mesa aparte, no lo había asociado con esta compañía. En la tarjeta de presentación que me extendió al presentarme con él podía leerse “Prof. Dr. Dr. h. c. A. M. Bummel”. A juzgar por su vestimenta, traje negro y cuello blanco, este profesor no sólo trabajaba para una institución académica, sino para la Iglesia Católica. Su complexión delgada y su afilado y hermoso rostro, de ojos brillantes azules, hacían que el docto sacerdote pareciera joven, pero su cabello gris me hizo sospechar que en realidad tenía más de sesenta años.

La Europa con la que soñaba resultó no ser más que un regreso a la Edad Media. Al contrario de lo que se piensa comúnmente, explicó, la Edad Media no fue una época de oscuridad, sino de luz; no un simple intervalo en nuestra historia, sino su cúspide. Alguna vez existió una Europa unida, en la Edad Media, bajo la forma de la cristiandad. Lo que siguió fue un eco de lo que Novalis escribiera en 1799: “fueron tiempos hermosos y resplandecientes en los que Europa era una tierra cristiana, cuando en esta tierra cristiana, cuando en esta parte del mundo habitaba una cristiandad organizada humanamente; un enorme interés comunitario vinculaba las provincias más remotas de este vasto reino espiritual”.⁵ Así como Novalis siguió su llamado al pasado con una muy parcial descripción de todas las supuestas bondades de la Madre Iglesia, el sacerdote no vaciló en elogiar a su institución y a su fe, como si el único camino a una Europa nuevamente unida comenzara, necesariamente, por el regreso de todos a la Iglesia. Al parecer su razonamiento cayó en terreno fértil, pues fue recibido con aprobación e inclinaciones de cabeza. Su conferencia dio un giro notable cuando comenzó a hablar de “esa desarrollada aversión al cristianismo encontrada a veces entre los judíos en estos días”. Este comentario introdujo una exposición del tema del “antisemitismo basado en una equivocada interpretación de antijudaísmo del Nuevo Testamento, de la cual, lamentablemente, numerosos hijos de la Iglesia han sido responsables, pero, tras el arrepentimiento mostrado por la Iglesia, ha llegado el momento de que el judaísmo perdone y se reconcilie con el cristianismo”. Luego agregó el piadoso profesor: “es un error pensar que Dios murió en Aushwitz. Dios también estuvo en ese infierno, atrapado junto con los prisioneros”. En conclusión, la Shoá no puede considerarse una razón para rechazar la restitución del cristianismo a su lugar de honor en Europa, y aceptar esta religión como la fuerza que unirá al continente, como lo hizo en la Edad Media.

El orador había terminado y agradeció el cálido aplauso del público con una afable sonrisa. Aprovechando del hecho de que estaba sentado en la parte de atrás, cerca de la puerta, salí sigilosamente, con la urgente necesidad de respirar aire fresco. Era una clara noche de otoño y encima del silencioso valle descubrí a Venus y las cinco estrellas de Casiopea. Caminé por el

bosque que rodea al Waldhaus hasta llegar a una residencia, más alto en la montaña, conocida en la aldea como Villa Larêt y que fuera alguna vez el hogar de Olga Spitzer, prima francesa de Otto Frank. En 1935 y 1936, Ana Frank, entonces de seis y siete años respectivamente, pasó aquí sus vacaciones. Una niña de Sils Maria con quien a veces jugaba, Tosca Nett, un año menor que ella, aún vive hoy, en 2015, y conserva un pequeño jarrón que Ana le regaló en 1937, al despedirse de su joven amiga suiza, con palabras que Tosca jamás olvidaría: “Este jarrón es para ti. Cuídalo, así siempre pensarás en mí y seremos amigas para siempre. ¡No me olvides!”.

Me pregunté qué era lo que en verdad sabía el sabio sacerdote, pues toda su línea de razonamiento me parecía una prueba irrefutable de estupidez y vulgaridad. Su pensamiento carecía de conciencia histórica, y era mala teología, que recordaba el sinsentido religioso que vociferaban los amigos de Job. Cuánta mayor sinceridad, verdad y compasión podían encontrarse en el *cri de coeur*, el llamado a la justicia de Ivan Karamazov, quien no puede aceptar el dolor y la tortura de una niña inocente, cuyo sufrimiento es ignorado y cuyas lágrimas son enjugadas con la promesa del cielo, de la futura armonía con Dios. “Muy alto han puesto el precio de la armonía, no es para nuestro bolsillo pagar tanto por la entrada. Me apresuro, pues, a devolver mi billete de entrada. Y si soy un hombre honrado, tengo la obligación de devolverlo cuanto antes. Eso es lo que hago. No es que no admita a Dios, Aliosha; me limito a devolver respetuosamente el billete.”⁶

Me di cuenta de que me había enfurecido. Estaba furioso con las tonterías profesoras que había sido obligado a escuchar por una hora. Devotas insensateces de un académico apoltronado, el tipo de esteta que, cegado por la belleza, es incapaz de ver la verdad y aparta la mirada de la realidad social. Sin embargo, una civilización europea, el regreso de Europa, sería imposible sin la verdad y la justicia como la base del orden social, sin el humanismo, que siempre ha sido el rasgo característico de Europa. En la época que el académico de traje negro llamaba, con su infatuada voz nasal, “un pináculo — la Edad Media—, ni la verdad ni la justicia ni mucho menos el humanismo eran comunes. Su argumento de que la restauración de la autoridad de la que gozaba la Madre Iglesia en la Edad Media es una condición necesaria para el

futuro de la civilización europea es idéntico al comentario del sacerdote que recibe a K. en su catedral, en *El proceso* de Kafka: “No todo se debe considerar cierto, únicamente debe considerárselo necesario”. A lo que K. responde con razón: “La mentira erigida en orden del mundo”.⁷

La verdad puede conocerse sólo por el significado de las palabras, ¿pues qué puede ser el amor, la amistad, la libertad o la justicia si no sabemos qué significan las palabras? Cuando el lenguaje pierde el significado, no puede existir ninguna forma de verdad y la mentira se convierte en norma. El profesoral siervo de la Iglesia no podía o no estaba dispuesto a reconocer, mucho menos a admitir, que en parte debido a los actos de “los hijos de la Iglesia” —sus palabras—, debido al antisemitismo, los pogromos y los campos de exterminio, y también debido al abuso del poder, la lujuria y al avaricia dentro de la Madre Iglesia, su propio lenguaje religioso, con palabras como “Dios”, “cristiandad”, “fe” y “redención”, había quedado vacío de significado. Se había vuelto inverosímil para muchas personas. Y el cura, al usar el lenguaje religioso de esa manera, sólo había ahondado la falta de sentido, en lugar de volverlo creíble otra vez. Pero eso no le interesaba. Para él, su “fe”, su “*shöne, glänzende Zeiten*”, estaban justificadas en la estética. El suyo era un culto a la belleza, pero una belleza sin verdad: era lo kitsch.

Quien entendió esto mejor que nadie fue el poeta Paul Celan. Creció en un ambiente judío jasídico y germanohablante, en la Bucovina, Rumania. Primero, los nazis los recluyeron, a él y a su familia, en un gueto. Celan tenía veinte años. Poco después de que lo remitieran a un campo de trabajos forzados, y antes de irse, hizo todo por convencer a sus padres de huir y esconderse, y, sobre todo, de no subirse a uno de esos trenes. Ellos se negaron a creer en lo que decía su hijo. Nunca más volvió a verlos.

Celan era poeta. Escribió en la lengua que mató a sus padres. ¿Cómo podían seguir siendo significativas las palabras de ese idioma, después de la propaganda y de un uso tan engañoso, después de haber sido un instrumento para la inhumanidad y la destrucción? El significado de las palabras había sido quemado, dijo Celan, y sintió el peso de la responsabilidad de dar a las palabras la posibilidad de ser verdaderas otra vez y de hablar del inefable horror que había destruido a su padre y a su madre, para que así aquello por lo

que habían pasado al menos fuera conocido y palpable. En 1945, Paul Celan escribió el poema “Fuga de muerte”, para sus padres y para millones que, como ellos, murieron en los campos de exterminio. No es fácil describirlo como un poema hermoso, pero una cierta belleza callada yace en él, pues cada palabra es verdadera.

En 1959, Paul Celan viajó a Sils Maria con la esperanza de conocer al hombre que había dicho que “escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie”, Theodor Adorno. No se encontraron, pues Adorno, quien en efecto visitaba el Grand Hotel Waldaus casi cada año, llegó poco después de que Celan partiera de regreso a París. Ahí, Celan escribió un curioso texto en prosa con el título *Conversación en la montaña*, que empieza: “Una tarde el sol, y no sólo el sol, había declinado...”.⁸ Puede leerse como la descripción del encuentro imaginario entre Celan y Adorno, en Sils Maria. El texto presenta a dos judíos que intentan entenderse, pero no lo logran, y por ello no les queda más que conversar de trivialidades. Platican de este modo porque las grandes palabras se han vuelto impronunciables y ya no tienen significado.

O Mensch! Gib acht! “¡Oh hombre! ¡Presta atención!” Esta línea, con la que empieza la canción final de *Así habló Zaratustra*, ha sido grabada en piedra en Sils Maria, en el lugar donde Nietzsche declara haber recibido la “revelación” de Zaratustra: el profeta del eterno retorno, el profeta del nihilismo. La piedra puede encontrarse al final de la pequeña península Chastè en el lago de Sils. En 1900, el año en que murió Nietzsche, dos de sus admiradores, ambos músicos, hicieron grabar en piedra las palabras de su “Canción del noctámbulo”.

O Mensch! Gib acht! No es casualidad que la forma como Mahler presenta el poema de Nietzsche en su tercera sinfonía —*Sehr langsam. Misterioso*: muy lento, misterioso— coincida plenamente con el tono en el que la diosa de tierra Erda advierte al dios Wotan de la maldición del anillo de oro, en la ópera *El oro del Rin* de Wagner.

O Mensch! Gib acht! Son palabras aciagas de advertencia. Thomas Mann las leyó y comprendió. Paul Celan las leyó y comprendió. Nietzsche las

escribió al final de un libro en el que describe certeramente cuál será el futuro de un mundo en el que las palabras importantes pierdan el significado, donde no haya lugar para grandes relatos significativos, donde el espíritu europeo se haya disipado y lo único que quede sea el absoluto sinsentido de todo.

Este es el nuevo evangelio que Nietzsche nos brinda, en boca de Zarathustra: Dios ha muerto; no hay verdad; no hay moral; no hay bien ni mal; el deber ha sido sustituido por el deseo; hay que ser fieles a la tierra, pues sólo lo transitorio existe; y todo volverá a empezar otra vez —el eterno retorno—, y por lo tanto no hay meta alguna, no hay significado, no hay sentido. Sólo avidez. Debemos superar y vencer nuestra humanidad. Convertirnos en *Übermensch*, el superhombre, y disfrutar la catástrofe, pues todo es igualmente vano. Los valores son reemplazados por los poderes, y donde los poderes rigen, los números son el criterio más alto, y la fe en la cantidad desplazará al aprecio por la calidad. *O Mensch! Gib acht!*

A la mañana siguiente despuntó un magnífico día de otoño. Los precoces rayos del sol encendían las cumbres nevadas y acariciaban la superficie del lago, provocando un minucioso temblor de diamantes. Un águila real planeaba serenamente en lo alto, como si fuera consciente de que se alzaba muy por encima del mundo humano. Hay pocos lugares en la tierra tan hermosos como Sils Maria, pero para mí había llegado la hora de partir. Había visto lo suficiente, es decir: había visto que estaba equivocado.

El sol, y no sólo el sol, había declinado, escribió Celan. Mañana, al igual que hoy, el sol brillará otra vez. Después se ocultará, pero regresará eternamente. ¿Y el espíritu europeo? Europa no regresará. No aquí, al menos, al Grand Hotel Waldhaus en Sils Maria. No a un lugar anegado en esnobismo, conservadurismo, esteticismo y nostalgia por la Edad Media.

La cultura es conservadora porque implica la retención de todo lo que tiene un valor espiritual y eterno. La cultura también es elitista porque sólo lo excelente puede ser valioso y eterno. Todo lo que se presenta como cultura, pero sin ser una expresión de cualidades espirituales eternas, no es cultura sino moda. La cultura, sin embargo, nunca es puramente conservadora ni elitista, porque su esencia es la incesante búsqueda de la verdad y el deseo de

expresarla. Precisamente porque la verdad es absoluta, ajena al tiempo, nosotros los mortales no tenemos poder sobre ella, sin embargo, en nuestra búsqueda debemos estar atentos a la cambiante forma de la verdad. La cultura significa apertura a lo nuevo, una búsqueda de nuevas formas que puedan resistir la prueba del tiempo.

Por el contrario, el conservadurismo es casi siempre una mentira —una mentira erigida en orden del mundo—. Es una mentira porque no se centra en la búsqueda de la verdad, que implica mantenerse abierto a los cambios que ocurren en el tiempo, sino que se preocupa exclusivamente por el cultivo de lo viejo, de lo que ya existe. Al defender sus propios intereses, el conservadurismo olvida que la cultura no se limita a las bellas artes, también incluye la búsqueda de la verdad (filosofía) y la creación de una sociedad justa (lo que requiere de una política que no sea conservadora, pues las necesidades sociales exigen cambios). Del conservadurismo al oscurantismo de una política reaccionaria hay un paso menor de lo que los conservadores quisieran que creyéramos. Hay una peligrosa vecindad entre el esteticismo y la barbarie, como lo notaron Walter Benjamin y Thomas Mann al atestiguar el ascenso del nacionalsocialismo.

Si Europa no regresa a Sils Maria, ¿podría quizá regresar a esa otra localidad suiza, Davos, célebre en la historia literaria de Europa? Davos es, en todos los sentidos, el opuesto a Sils Maria, sobre todo en enero, cuando el mundo de los negocios internacionales, la élite política y los medios de comunicación llegan a ella. Dinámica, moderna, orientada al futuro; todo lo actual interesa aquí: desde la política mundial hasta el cambio climático. También está llena de ecos de palabras vacías, de grandilocuencia, ruido, obsesión por el dinero y la tecnología, idolatría —cumplida la profecía de Zaratustra— al Gran Número. Capital del vacío intelectual y el analfabetismo cultural. No, si hay un lugar donde el espíritu europeo no es bienvenido y nunca lo será, éste es Davos.

Estando en mi balcón, desde donde puedo ver toda la belleza que Sils Maria puede ofrecer en un espléndido día de otoño, me doy cuenta de que Paul Valéry y George Steiner quizá tengan razón: la era de la civilización europea ya pasó, el sol de la cultura se ha puesto y no volverá a salir jamás. Dirijo la

mirada a una maleta a medio empacar y al montón de libros que aún siguen en el escritorio. Y escucho internamente un poema, de Rilke:

DÍA DE OTOÑO

Señor, ya es tiempo. Grande ha sido el verano.
Tiende tu sombra sobre los relojes
de sol, y desata los vientos por el campo.
Haz madurar las frutas más tardías,
dales dos días más de sur,
fuérzales a acabar, y echa
el último dulzor al vino recio.
Quien ya no tiene casa, no la construirá.
Quien ahora está solo, lo estará mucho tiempo.
Velará, leerá, escribirá largas cartas
e irá por los paseos, deambulando
de un lado a otro, mientras las hojas caen.⁹

II. HOJAS DE DIARIO

En lugar de regresar a las tierras bajas, decidí visitar antes otro hotel, ahora que tenía tiempo, un lugar donde pudiera sentirme más cómodo que en el Grand Hotel Waldhaus y donde pudiera escribir mis “largas cartas” sobre la posibilidad o imposibilidad del regreso de Europa, el futuro del ideal europeo de civilización.

Ese otro hotel, el Schloss Waldersee, está sólo a doscientos kilómetros al este del Grand Hotel Waldhaus, en términos geográficos; históricamente, ambos hoteles pertenecen a la misma época, los primeros años del siglo XX. Sin embargo, a pesar de su cercanía en el tiempo y en el espacio, Waldersee y Waldhaus representan dos mundos muy distintos. Waldhaus siempre ha sido un lugar internacional y cosmopolita, donde filósofos y escritores gustan hospedarse. En contraste, Waldersee es más bien un monasterio secular, que

solía ser visitado principalmente por la élite académica de Alemania y por la vieja aristocracia germana.

Wolfgang Waldersee, el dueño actual del hotel, me contó alguna vez la fascinante historia de su nombre: me explicó por qué nunca había usado el título de conde, por qué había desechado la partícula nobiliaria “von” y por qué había elegido el apellido de su abuela en lugar del de su abuelo Johannes.

La honestidad me obliga a informar al lector que, en realidad, el hotel aún lleva el nombre que su abuelo le dio, pero por diversas razones Wolfgang no puede cambiarlo, por más que quisiera. Por razones que explicaré más adelante, el código adoptado por su círculo de amigos determina que, por respecto a Wolfgang, debemos utilizar consistentemente el nombre que él hubiera querido darle al hotel: Waldersee.

El nombre, la familia y el hotel protagonizan una historia que ejemplifica la colisión fatal entre el alma alemana y el espíritu europeo. En este sentido, resulta muy apropiado que Schloss Waldersee esté ubicado en el corazón de la tierra de la Montaña Mágica, el área al sur de Alemania donde Thomas Mann escribió su asombrosa novela, en la antesala del ascenso de Hitler al poder en 1933. La región también es telón de fondo de su obra *Doctor Faustus*, un relato apasionante y en gran medida autobiográfico sobre cómo el alma alemana, por rechazar con arrogancia el espíritu europeo, se transformó de ángel en demonio.

La historia de Schloss Waldersee comienza con el abuelo Johannes, un brillante teólogo protestante interesado en escribir libros y, sobre todo, en evangelizar al mundo ofreciéndole a la gente un lugar —su castillo o *Schloss*— donde pudiera encontrarse con “el aliento de la creación”. Este ideal esotérico se basaba en la creencia de que los fieles deben olvidar sus propios egos, deben dejar de pensar en ellos mismos para disolverse en la unión con el todo, la comunidad de Dios. De acuerdo con Wolfgang, ésta era una característica del protestantismo cultural del siglo XIX y de la primera mitad del XX: *Ich bin nichts, das Volk ist alles* (No soy nada, el pueblo es todo). En Waldersee, esta idea fue puesta en práctica de manera bastante inocente, a través de recitales de música y sesiones de baile y canto comunitarios. Sin embargo, mucho menos inocentes eran las implicaciones sociales: se esperaba

de los creyentes una aceptación total del orden social impuesto por Dios y un rechazo a toda forma de crítica y materialismo. Los judíos eran excluidos del ámbito académico, como si por naturaleza fueran demasiado resueltos, demasiado seguros de sí mismos, demasiado no conformistas y demasiado materialistas. De acuerdo con Wolfgang, este protestantismo cultural es una de las razones por las que, desde fecha tan temprana como 1933, setenta por ciento de la élite protestante alemana pertenecía al partido nacionalsocialista. Su abuelo no era antisemita, antes bien era filosemita, ni tampoco era miembro del partido nazi. Sin embargo, el temeroso hombre de Dios estaba convencido de que el Führer había sido elegido por Dios mismo y, por consecuencia, el Führer debía ser seguido. Esta combinación de cultivar la propia interioridad e ignorar tanto como fuera posible la realidad sociopolítica, ser obediente y siempre adaptarse a los intereses de la sociedad, prescritos por las autoridades competentes, junto con una firme convicción en la superioridad moral y cultural del pueblo alemán y su *Kultur*, resultó ser una mezcla venenosa, que llevó a millones de personas, como si de una pócima se tratara, a acoger el totalitarismo nazi, cautivados e intoxicados.

Mientras Wolfgang me contaba todo esto, comencé a pensar en la vida de Thomas Mann, quien, hasta la Primera Guerra Mundial, compartía esta wagneriana visión del mundo. Sin embargo, al enfrentarse a la violencia de posguerra y a desastrosas políticas reaccionarias, aprendió una lección que jamás olvidaría: la cultura y la política nunca deben separarse; la creación de belleza es imposible sin la búsqueda de la verdad y la justicia, de lo contrario la belleza se convierte en una mentira cegadora. O, como él mismo lo resume en una entrada de diario de mayo de 1921: “Conversación sobre el problema de la cultura alemana. El humanismo no es alemán sino indispensable”. Sólo entonces Thomas Mann se volvió europeo, sólo entonces *La montaña mágica* pudo crecer hasta convertirse en una épica del espíritu europeo y sólo entonces el escritor entendió por qué Goethe, Schiller, Heine y Nietzsche querían ser europeos y no alemanes.

Esta revelación llegó al abuelo Johannes demasiado tarde. Su visión del mundo colapsó con la Segunda Guerra Mundial; murió en 1949, irremediablemente decepcionado de sí mismo. Hasta el año 1951, los

estadounidenses usaron el hotel como un albergue para sobrevivientes de la Shoá. Cuando los estadounidenses dejaron Alemania, el hotel regresó a manos de la familia Waldersee. Lo que siguió es digno de una telenovela. Wolfgang abandonó todo y logró hacer una fortuna en el mundo de la tecnología, con negocios en Estados Unidos, entre otros lugares. A finales de los años noventa, el hotel está al filo de la bancarrota. El padre de Wolfgang, cansado de las disputas y las preocupaciones económicas, le pide a éste rescatar la propiedad de la familia y convertirla nuevamente en lo que siempre debió ser: un lugar para el descanso, para pensar, para leer y recuperarse de las cargas del mundo. Personalmente, creo que el padre también anhelaba que su hijo fuera capaz de ayudar al hotel a recuperarse de la carga de la historia alemana. Wolfgang vende su negocio, compra el hotel y hace espacio para un espíritu distinto al alma alemana. Las sesiones de canto y danza son descartadas y en cambio se da la bienvenida al jazz. Construye dos bibliotecas dentro del hotel e instala una pequeña pero bien surtida librería. Lo más importante para él es la organización de simposios internacionales, pues busca respuestas a preguntas que lo atormentan: ¿Por qué la *intelligentsia* alemana fue tan receptiva al nazismo? ¿Por qué fueron particularmente los judíos el blanco de un odio tan grande en Alemania? ¿Qué lugar se le dará al islam en el continente europeo? ¿Cuál es la ética de la tecnología? En parte debido a su incomodidad con lo que él considera un antisemitismo y un antiamericanismo aún dominantes en “los mejores círculos” de Alemania, con frecuencia invita a ponentes estadounidenses e israelíes —lo que deriva en que en el mundo académico alemán se hable con cierta condescendencia de sus simposios, personas que, sin embargo, están más que contentas de ser invitadas y asistir.

Cuando llamé a Wolfgang por teléfono para preguntarle si aún tendría una habitación en su hotel para un par de días, me dijo que yo era “más que bienvenido”. Wolfgang aseguró que mi llamada era una serendipia, pues al día siguiente comenzaría un simposio en torno a la pregunta “¿Qué cabe esperar de Occidente?”. Uno de los ponentes acababa de cancelar y yo sería un gran reemplazo, dijo con tanta seguridad que resultaba imposible negarse. A mi pregunta sobre el propósito de dicho encuentro, contestó: “Ahora que la era de la Pax Americana parece haber terminado, a cien años del final de la

hegemonía europea, debemos preguntarnos qué puede ofrecer todavía Occidente, nuestra sociedad, al mundo”. En el curso de los siguientes tres días, quería indagar en tres fenómenos de origen occidental: ¿qué puede ofrecer Occidente al mundo en los campos de la ciencia y tecnología, democracia y cultura europea? Mi tarea sería iniciar la discusión, el segundo día del simposio, sobre el lugar y el significado de la democracia. Con “el regreso de Europa” en mente, hubiera preferido hablar sobre la importancia de la cultura europea, en el último día, pero para ello Wolfgang ya había encontrado a un maestro checo, cuyo nombre nunca había escuchado. Por otro lado, tenía varias ideas sobre el destino de la democracia en Occidente, así que dije que sí. Cuando, horas más tarde, vi el Schloss Waldersee al fondo de un valle, rodeado por los Alpes bávaros, me di cuenta de que el simposio no me dejaría mucho tiempo para cumplir con la encomienda de Rilke: velar, leer, escribir largas cartas. Sin embargo, quién podría decirme lo que el encuentro podría enseñarme. A decir verdad, el tema que Wolfgang me había asignado estaba estrechamente relacionado con mis propias preguntas.

Por la noche, hubo una cena para los participantes del simposio, un grupo de al menos veinte personas. Fue una grata sorpresa encontrar dos rostros conocidos, aparte de Wolfgang. Ahí estaba Walter, un brillante intelectual austriaco quien, antes de su retiro, estuvo a cargo del famoso Archivo Brenner en Innsbruck, donde, entre otras cosas, era responsable del legado del editor de la revista *Brenner*, Ludwig von Fickler, así como de ciertas obras de Ludwig Wittgenstein, Karl Kraus y el ahora casi olvidado poeta Georg Trakl. Walter conoce este mundo intelectual mejor que nadie, y lo mismo aplica para la obra de Kierkegaard, de quien es un gran admirador. La otra sorpresa era la presencia de mi viejo amigo Jossi, de Jerusalén, un experto en el Talmud que, por casualidad, estaba de vacaciones en Waldersee y que asistiría al simposio por curiosidad. Wolfgang me presentó a los otros dos ponentes: Shashi, un estadounidense de ascendencia hindú de menos de cuarenta años, que trabajaba en California y que hablaría de la importancia de la ciencia y la tecnología, y, mucho mayor (calculé que debía tener al menos ochenta años de edad), Radim, el maestro checo. Wolfgang no podía resistir el deseo de contarme que Radim había sido buen amigo de Václav Havel. El resto del

grupo estaba integrado, sobre todo, por personas que trabajaban para el German Marshall Fund, un gabinete estratégico para las relaciones transatlánticas, establecido en Washington D. C. También había algunos académicos suizos y alemanes, y unos pocos estudiantes internacionales.

En vez de cartas, escribí en mi diario en los días siguientes. Pronto me resultó evidente que los temas discutidos estaban directa y absolutamente relacionados con mi propia búsqueda de la princesa Europa y su ideal de civilización. La sorpresa mayor vino de la participación del investigador checo de avanzada edad. Pero en honor a la completitud, reproduciré las notas que tome los tres días que duró el simposio sobre “¿Qué cabe esperar de Occidente?”.

Jueves

Tras los soleados días de otoño en Sils Maria, y el buen clima que aún había ayer cuando llegué a Schloss Waldersee, fue una pena despertar y ver el castillo entero envuelto en una nube baja y oscura. Se oían los cencerros de vacas y ovejas que caminaban a poca distancia, pero era imposible distinguir las entre la densa niebla.

A las diez de la mañana todos estábamos sentados en la biblioteca, en mesas que habían sido colocadas formando un cuadro. Después de las palabras de bienvenida de Wolfgang, vino la conferencia inaugural de Shashi sobre “el don más grande del mundo: la ciencia y la tecnología”. La mayoría del grupo, especialmente los estadounidenses, respondió con entusiasmo a su presentación de treinta minutos. Yo, sin embargo, me sentí más bien decepcionado, pues no había escuchado nada nuevo. El maestro checo parecía completamente ausente, como si ni siquiera escuchara lo que estaba diciéndose. Estaba sentado con la mirada fija en un libro, tomando algunas notas. El entusiasmo con el que Shashi había hablado era notable, sin duda, y se acoplaba bien a su mensaje: “la ciencia y la tecnología, las *verdaderas* soluciones, han reemplazado a la filosofía y la religión con su conocimiento *verdadero*”. Fue más allá de hablar de “soluciones verdaderas”. Estaba presentando una religión completamente nueva, que rescataría a la humanidad

de su valle de lágrimas. La era de la religión había terminado, lo cual era un logro debido exclusivamente a la ciencia y la tecnología. Su referencia a Richard Dawkins fue tan hilarante como simplista. Dawkins alguna vez definió al Dios del Antiguo Testamento como “el personaje más desagradable en toda ficción: celoso y orgulloso de ello, un mezquino, injusto, un controlador implacable, un vengativo limpiador étnico sediento de sangre, un misógino, homófobo, racista, infanticida, genocida, filicida, pestilente, megalómano, sadomasoquista, matón caprichosamente malévolo”.

La afirmación de Shashi de que “el judaísmo y el cristianismo pertenecen más a Oriente —donde surgieron— que a Occidente” era absurda. Estaba en lo cierto, sin embargo, en su explicación del grado de desarrollo que la ciencia y, por ende la tecnología, alcanzaron en Occidente durante la Ilustración. Todo el bien en el mundo, decía, podía atribuirse desde ese momento a ese desarrollo científico y tecnológico; todo retroceso a la barbarie era la consecuencia de la religión y de sentimientos irracionales.

Al llegar a este punto, Walter interrumpió y preguntó a Shashi si en verdad pensaba que el mundo de la tecnología era inocente del genocidio industrial de la Shoá. Shashi respondió tranquilamente que la tecnología y la ciencia no son responsables de los usos que se les da. Pero pronto empezó a contradecirse. Resultó ser un adepto incondicional del tecnoevangelista Ray Kurzweil, un hombre firmemente convencido de que el crecimiento *exponencial* (una palabra que, para sus seguidores, tiene poderes mágicos) de la tecnología hace posible una fusión entre los seres humanos y las computadoras y otros dispositivos. De acuerdo con Kurzweil y compañía, en un futuro no muy lejano será posible crear a un ser humano —o, mejor dicho, crear un híbrido máquina-humano— que no sólo será capaz de hacer todo mejor y más rápido, sino que además será inmortal, pues la tecnología ocupará el lugar de la biología.

Walter señaló socarronamente: “Les presento al *Übermensch*”.

Shashi, serio, dijo: “Sí, les presento las Buenas Nuevas”.

Alguien preguntó si, entonces, la humanidad no se convertiría en una colección robots, y Shashi respondió: “No, un robot es una máquina con cualidades humanas, pero *el hombre singular*, la perfecta fusión de hombre y

tecnología, sigue siendo un ser humano, sólo que con las cualidades de un robot”.

En lugar de explicar la diferencia —que me evade— agregó amenazadoramente que “simplemente debemos ajustarnos al hecho de que éste es el futuro, estos son los desarrollos tecnológicos que vendrán, nadie puede detenerlos. Éste es el mundo nuevo”.

Walter dijo entonces: “Querrás decir *valiente* mundo nuevo”, pero Shashi no contestó.

Todo esto me pareció irritante. Primero la ciencia y la tecnología eran absueltas de toda responsabilidad en la barbarie suprema, y luego las posibilidades tecnológicas eran equiparadas, de súbito, con una ley natural de lo cual no hay forma de escapar. Esto implicaba un grave error de juicio sobre la esencia del ser humano, al menos de como éste es entendido por el humanismo europeo: la humanidad es *libre*. Podemos elegir. Ésta es la esencia misma de la moral, del conocimiento del bien y el mal. El hecho de la que la naturaleza humana tenga aspectos agresivos y de que todos seamos capaces de asesinar, saquear y violar no quiere decir que debemos aceptar tal agresividad bajo el principio de que, simplemente, debemos acostumbrarnos a ello, de que así son las cosas y no podemos evitarlo. La civilización es precisamente la capacidad humana de decir “no” y, me parece, podemos decir que “no” a la clonación y a esa horrible máquina disfrazada de hombre singular. Aún me parece asombroso que los tecnoevangelistas hagan alarde de que pueden ofrecer una suerte de eterno progreso a la humanidad, sin embargo, tan pronto como son confrontados con cuestiones éticas, caen en el determinismo y el fatalismo.

Las Buenas Nuevas de Shashi no habían terminado aún. Todos los problemas del mundo serían resueltos por estrategias y dispositivos inteligentes, innovadores, empresariales o emergentes. “En los últimos cincuenta años —dijo con satisfecho desdén— Europa no ha podido hacer ninguna contribución real al nuevo pensamiento, al pensamiento innovador. Todo lo que hoy está cambiando al mundo viene del occidente de Occidente, de California. Ésta es la cuna de la nueva civilización. ¿Por qué? Porque pensamos positivamente y sabemos cómo *arreglar* las cosas.”

Creo que Wolfgang fue sincero cuando agradeció a Shashi por su “realmente inspiradora participación”. En este sentido, Wolfgang tiene el corazón dividido: su amor por la cultura Europea es grande y genuino, pero, al mismo tiempo, está por completo bajo el hechizo de la visión de futuro de Shashi, que yo no puedo ver sino como un tecnológico y valiente mundo nuevo. Estaba interesado en ver la reacción de Walter. Durante la ponencia de Shashi, estuvo tomando notas diligentemente y, por su lenguaje corporal, podía ver que estaba ansioso por tomar la palabra y convertir el encuentro en un enfrentamiento de boxeo verbal.

Con su pesado acento alemán dijo: “Occidente y, en primer lugar, nosotros en Europa hemos dado al mundo la ciencia y la tecnología. Otro de los dones de Occidente es aún más viejo: la filosofía. Bueno, la filosofía no puede arreglar nada —y pronunció la palabra “arreglar” como si tuviera un mal sabor—, pero puede darnos percepciones profundas. Como la percepción que nos ofrece Wittgenstein, quien era filósofo e ingeniero y arquitecto, al final de su *Tractatus logico-philosophicus*: ‘Sentimos que aun cuando todas las posibles cuestiones de la ciencia hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo’.¹⁰ Por favor, piensen un poco en lo que Wittgenstein quiere que entendamos”. Walter no dijo nada más por un momento, así que todos tuvieron que pensar en la afirmación del filósofo. Después continuó: “No sé nada en absoluto de lo que nuestros jóvenes amigos en California pueden o no arreglar, pero, al ser un poco más viejo que estos nuevos pensadores y dueño quizá de más experiencia, me atrevo a sugerir que las grandes preguntas de la vida, preguntas sobre la tragedia, el sufrimiento, la verdadera felicidad, y el significado mismo de nuestras vidas, nunca serán arregladas por la ciencia o la tecnología. Wittgenstein tiene razón: la ciencia y el misterio de la vida pertenecen a mundos distintos. Por supuesto que la ciencia y la tecnología son impresionantes, son el fruto de grandes esfuerzos de la mente y, en muchos sentidos, una bendición para la humanidad. Sin ciencia médica, yo, un hombre viejo, no estaría sentado aquí. Pero deben entender que el pensamiento científico también nos ha dado una caja de Pandora. Y no, no me refiero a la destrucción que el hombre puede ocasionar mediante la tecnología. Ni siquiera

estoy hablando de la tecnología. Me refiero a algo más grave y fundamental, algo que traspasa nuestras vidas, nuestro mundo, sin que nos demos cuenta de ello”.

De nuevo hubo silencio, de nuevo nos miró a todos y le dio un sorbo a su café, que debía estar frío para entonces. Todos estábamos callados. De alguna manera, Walter estaba causando una impresión más profunda con el tono apacible en el que hablaba, tan diferente al estilo de Shashi.

Walter siguió, casi entre susurros: “La ciencia nos ha privado de la verdad”. Miradas de incredulidad cayeron sobre él y Shashi no pudo contener la risa —era posible escucharlo pensar: “¡Lo sabía! Este viejo está loco”.

Luego sonó la voz de Walter otra vez: “Usted se ríe y lo entiendo, lo entiendo perfectamente bien. Parece una locura. La ciencia, la ciencia que sólo quiere darnos la posibilidad de conocer la verdad, y para la cual nada existe aparte de la verdad. ¿Cómo podría la ciencia habernos privado de la verdad? Sin embargo, así ha sido. Eso es lo que Wittgenstein quería que comprendiéramos, pero lamentablemente muy pocos lo han hecho. Ya han escuchado un discurso y no quiero dar otro, pero, *Verzeihung bitte, es ist wichtig*, esto es verdaderamente importante. La verdad científica está constituida por hechos, por la realidad que podemos ver, tocar y calcular. Es racional, pero la razón no puede determinar el valor de las cosas y no tiene significado. La razón puede describir, puede informarnos acerca de los hechos, pero no puede decirnos cuál es el significado moral de esos hechos, porque no sabe qué es el bien y qué es el mal. La ciencia, y éste es su don más grande, nos permite conocer la *naturaleza*, pero no el *espíritu*. La ciencia debe trabajar con teorías y definiciones, pero el espíritu humano no puede ser expresado y capturado en teorías y definiciones, ni tampoco nuestro orden moral, el reconocimiento de lo que es y no es una sociedad justa. Este conocimiento corresponde a una verdad distinta, una verdad que la ciencia no puede conocer porque es una verdad *meta-física*. Quizá por envidia —una envidia provocada por el hecho de que existe otra verdad, más alta—, la ciencia ha intentado privarnos de la verdad, ha intentado hacernos olvidarla, hacernos creer que todo cuanto existe es científico, debe ser científico, si no, no es importante. Y esto es una mentira, damas y caballeros. ¡Una mentira

grande y peligrosa! Una mentira que, desafortunadamente, todos hemos llegado a creer y a la cual nos sometemos. Para nosotros, ya sólo cuentan los hechos; nos hemos enamorado de los datos y la información, y, dado que ya no podemos distinguir los significados verdaderos, el único valor que reconocemos es el económico: *¿Cuánto podemos cobrar? ¿Qué tan altos serán nuestros rendimientos? Así, a todo se le impone la obligación de ser útil, instrumental; debemos ser capaces de hacer algo con cada cosa, de lo contrario la descartamos.* La ciencia se ha convertido en una ideología, una idea, un engaño, en el que estamos atrapados. Estamos atrapados porque en nuestro mundo sólo hay cabida para las cosas materiales, todo se ha convertido en dinero, todo es calculable y reducido a un número. *¿Comprenden esto? ¿Comprenden las consecuencias, el terrible resultado de la desaparición de la realidad metafísica? Hemos perdido todas las cualidades y calidades, la calidad de la vida, porque la calidad es la expresión de un valor espiritual, un valor que ya no reconocemos y que no deseamos reconocer.* El mundo, el futuro, como acaban de decirnos, se ha vuelto “exponencial”. Los desarrollos tecnológicos y la información aumentarán exponencialmente y cambiarán el mundo. Sin lugar a dudas. ¿Pero saben qué otra cosa aumentará ex-po-nen-cial-men-te? ¡La estupidez! La ciencia nos ofrece conocimiento, pero ni un atisbo de autoconocimiento. Pascal —quien, no lo olviden, era matemático— tenía razón: *“Le couer a ses raisons que la raison ne connaît point”*. El corazón tiene razones que la razón no entiende. El nuevo conocimiento, con la ayuda del conocimiento científico, quiere que todo sea inteligente. Pero ya nadie busca la sabiduría y la ciencia nunca podrá encontrarla. Toda forma de educación superior ha de ser científica, es decir, llena de teorías, definiciones y pruebas. Sin embargo, la literatura, la historia, la filosofía y la teología no saben de teorías, definiciones o pruebas. Estas disciplinas cuentan historias, historias sobre lo que implica ser humanos, sobre las limitaciones humanas, mismas que nos definen como personas. Su verdad no es científica, pues la verdad que ofrecen es metafísica, la cual nos ha sido arrebatada y ya no es enseñada en ninguna parte. ¿Quién, en estos días, nos enseña a leer la vida? Nos hemos vuelto ciegos ante todo lo que es verdaderamente importante en la vida y que la hace

digna de ser vivida. Pues, ¿qué cosas nos parecen aún importantes? La utilidad, sobre todo la utilidad económica. Nuestro ideal de conocimiento, el mundo de la cultura, nuestra vida social, todo y todos somos medidos con esta regla económica. Por lo tanto, los economistas se han vuelto los nuevos sumos sacerdotes de nuestra era, y declaran —en un lenguaje oracular de números y teorías— qué tiene y qué no tiene valor económico, qué debe existir y qué no. Dado que la calidad de la vida no puede probarse en términos económicos ni científicos, la economía sólo reconoce la cantidad; todo es un número, por ello la economía siempre debe crecer, pues un número más grande es mejor que un número pequeño, sin importar las consecuencias sociales. Lo único que cuenta es el dinero.

“Círculos viciosos, los llamó Kierkegaard. Círculos viciosos: cuando la calidad de la vida es subordinada a abstracciones y la moralidad es desplazada por la racionalidad. ¿Entienden ustedes que si el único criterio para las decisiones que debemos tomar como sociedad es la utilidad económica, estamos entonces a merced de los excesos? Porque los números nunca son lo suficientemente grandes. Y ésta es la razón por la que nuestra sociedad se encuentra sumida en el caos. Andamos a la deriva, arrastrados y empujados por nuestros propios deseos y ansiedades.

“La ciencia como ideología nos ha hecho, no sólo estúpidos, sino mudos. Ya no tenemos idea de lo que significan las palabras y nos hemos vuelto incapaces de sostener una conversación real. Lo que queda es la palabrería. Y los más grandes palabreros son las personas que más tienen que decir: los políticos, los empresarios y las personalidades de los medios de comunicación. Pero todo está bien, esta mañana han sido anunciadas las Buenas Nuevas, nacerá el hombre-máquina inmortal, una estrella brilla al occidente de Occidente. Sea como fuere, yo prefiero ser un hombre mortal con corazón y alma que un inmortal hombre-máquina sin alma. Prefiero vivir en una civilización humanista con un orden social, aunque siempre deba ser defendida de fuerzas bárbaras, que sumergido en un mundo regido por la ciencia y la tecnología. Anhelaba que este horror científico fuera mera ciencia ficción. Tristemente, he aprendido esta mañana que no es así, y más triste aún me parece el hecho de que estas noticias sean recibidas tan apasionadamente

por ustedes, como descerebrados.”

Ese último comentario, que concluyó lo que ya había sido una dura invectiva, fue una bofetada para todos los que habían aplaudido con entusiasmo la visión de Shashi, y yo pensé que hubiera sido mejor que Walter no lo hiciera. Ni siquiera un aplauso de cortesía era ya viable y Wolfgang estaba claramente molesto con la situación. Para romper con el doloroso silencio, dijo: “Bueno, Walter, ciertamente nos das mucho en qué pensar. Afortunadamente, también hay mucho qué comer, ¡así que vayamos!”. Sin mirar siquiera a Walter, Shashi tomó sus cosas y salió de la biblioteca sin decir una palabra. Los otros lo siguieron. Me sorprendió notar que Radim, el añoso profesor checo que parecía ausente mientras Shashi hablaba, había escuchado, sin embargo, con mucha atención a Walter, y cuando los otros se fueron, se acercó a éste en silencio y asintió enfáticamente. Jossi también se acercó a Walter y dijo: “Gracias, Walter, me alegra mucho haberte escuchado”. Me pareció ver que los ojos de Walter se llenaban de lágrimas al darse cuenta de que no estaba solo.

Después de comer, caminé un poco y tomé algunas notas para mañana. Con algo de suerte, el clima mejorará y el sol pondrá a todos de mejor humor.

Viernes

La tranquilidad aquí es tan completa, el aire tan puro, que dormí espléndidamente y desperté temprano para dar una breve caminata antes del desayuno. Todo huele a otoño. Volutas de neblina flotan por encima del campo, pero las cumbres de las montañas ya están despejadas. Este lugar, lleno de tanta belleza natural, tiene algo de otro mundo. Es como si el ruido y la fealdad terrenales estuvieran excluidos. En el comedor encontré a Wolfgang, quien me contó de una discusión que tuvieron Shashi y Wolfgang ayer. Shashi se sentía insultado por haber sido llamado descerebrado (y, ciertamente, no había sido lo único) y exigía una disculpa. Walter se negó, argumentando que Shashi no debía tomar tan literalmente lo que había dicho y que si los simposios no podían seguir siendo un espacio para el intercambio crítico de opiniones, mejor sería ir a la iglesia a escuchar obedientemente más historias

de Buenas Nuevas, y él no tenía ninguna intención de hacerlo. Wolfgang logró apaciguar los ánimos pidiéndole a Walter que explicara a Shashi que su crítica se refería sólo a sus ideas y no implicaba ninguna falta de respeto a su persona. Inmediatamente, Wolfgang hizo traer una botella de vino para celebrar la “paz”. Hablamos por un momento de por qué Wolfgang sigue organizando estos encuentros. Dijo: “Podemos quejarnos interminablemente de los poderes del mundo, de los políticos, de los hombres de negocios y demás, pero aquello que nos parece importante y en lo que creemos pertenece al mundo de las ideas, y es ahí donde los intelectuales tenemos mayor influencia, así que necesitamos de estos debates intelectuales y por eso los invito aquí, aunque algunos, a veces, no sean la más agradable compañía”. Tuvo que reírse al decir esto.

Parecía que por el hotel había corrido la noticia de que el simposio era todo menos aburrido, pues debieron traerse más sillas a la biblioteca para dar asiento a un público más numeroso. Puesto que había tantos nuevos oyentes, comencé mi presentación sobre la importancia de la democracia haciendo referencia a algo que Walter había dicho ayer: “Vivimos en un mundo sin criterios, la sociedad no tiene dirección y es movida por deseos y miedos irracionales, y esto se debe al dominio de la verdad científica —que puede determinar hechos pero no significados; que sabe de cantidades, pero que no entiende lo que significa la calidad— y a que hemos perdido la verdad metafísica”. Expliqué que Nietzsche también había entendido esto y había llegado a la misma conclusión: sin una verdad absoluta y verdadera, sin dios o Logos o razón objetiva —o como sea que llamamos al dominio de los valores espirituales— no puede haber criterios sociales para determinar qué tiene valor realmente, qué es justo, qué hace digna y decente a la existencia humana. Esta pérdida, señaló Nietzsche, erosionará los cimientos de nuestra civilización y lo que quedará será el nihilismo: la sumisión al exceso. Ya no existe la ambición de alcanzar una vida más noble, de identificar y hacer nuestro aquello que nos permita superar nuestra naturaleza bestial; en vez de ello, aspiramos a lo contrario, con nuestro incesante deseo de cantidad, de masa, nuestra permanente intoxicación, el apetito insaciable de más y más y más.

Robert Musil, escritor e ingeniero, famoso por su obra *El hombre sin atributos*, despertó de un letargo intelectual, junto con otros miembros de su generación, al terminar la Segunda Guerra Mundial. De súbito descubrieron que el mundo había cambiado, drásticamente. Antes de la guerra, creían en el humanismo y en el arte, había una conciencia común del bien y el mal. Después de la guerra, se dieron cuenta de que el humanismo había desaparecido, y se encontraron a sí mismos en una era tecnológica que nunca imaginaron, sin idea alguna de cómo debería seguir el mundo. Antes de publicar su novela *El hombre sin atributos*, Musil escribió: “Cada época debe tener una guía, una *raison d’être*, un balance entre teoría y ética, Dios, etcétera. Hasta ahora, la Era del Empirismo ha fracasado”. Musil esperaba poder ofrecer una guía con su novela, formular el que debería ser el (¿nuevo?) criterio. Su novela, sin embargo, quedó inacabada. Como ingeniero, Musil era amigo y admirador de la ciencia y la tecnología, pero como escritor sabía que la ciencia y la tecnología nunca podrían ofrecer tales criterios. Otros piensan de manera distinto al respecto, incluso ahora —y dirigí mi mirada hacia Shashi, pero él veía a otra parte, aburrido—. La crítica expresada por Walter ayer también fue elaborada, de otra manera, por el famoso psicólogo cultural Erich Fromm. En 1968, publicó *La revolución de la esperanza*, donde dice:

Un espectro anda al acecho entre nosotros, y sólo unos pocos lo han visto con claridad. No se trata del viejo fantasma del comunismo o del fascismo, sino de un nuevo espectro: una sociedad completamente mecanizada, dedicada a la máxima producción y el máximo consumo materiales y dirigida por máquinas computadoras. En el consiguiente proceso social, el hombre mismo, bien alimentado y divertido, aunque pasivo, apagado y poco sentimental, está siendo transformado en una parte de la maquinaria total. Con la victoria de la nueva sociedad, el individualismo y la privacidad desaparecerán, los sentimientos hacia los demás serán dirigidos por condicionamiento psicológico y otros expedientes de igual índole, o por drogas, las que también proporcionarán una nueva clase de experiencia.¹¹

Ni siquiera Shashi parecía aburrido cuando leí estas palabras. A

continuación dije que no quería seguir hablando de ciencia y tecnología, sino acerca de una guía diferente, que, al terminar la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en la directriz para el mundo occidental: la democracia. Tras la pesadilla del totalitarismo, Europa debió aceptar que sólo puede haber libertad si también hay democracia. Los estadounidenses comprendieron esto en 1776. Para el viejo mundo, esta revelación era un eco tardío de lo que Spinoza había expresado en 1670, en su *Tratado teológico-político*: “el verdadero fin del gobierno es la libertad”. Se escucharon risas cuando dije que, tres páginas adelante, Spinoza anotaba: “Quien pretende regularlo todo por medio de la ley, suele más incitar al vicio, que a corregirlo”. Agregué que estas sabias palabras habían sido desafortunadamente olvidadas tanto en Bruselas como en Washington D. C.

*¿Pero qué es la democracia? ¿Es la democracia realmente la garantía de que podemos vivir en libertad? Dado que la mayoría de los presentes eran estadounidenses o europeos, decidí contarles lo que un europeo, Thomas Mann, había dicho sobre la democracia a un público estadounidense. Les hablé de cómo, en 1938, cuando ya era amigo y admirador del presidente Franklin, el escritor dio una serie de conferencias sobre *El triunfo final de la democracia*, en una gira por quince ciudades de Estados Unidos, de costa a costa, con frecuencia ante audiencias de miles de personas.*

En su conferencia, Thomas Mann define a la democracia como “aquella forma de gobierno y de sociedad que se inspira, por encima de cualquier otra consideración, en la conciencia y el sentimiento de la dignidad del hombre”.¹² Éstas son palabras altas, y Mann sabía cuán mezquina podía ser la gente, cuán egoísta, cruel, cobarde y necia. Precisamente por ello, nunca debemos olvidar que “lo grande y honorable en el hombre se manifiesta a sí mismo como arte y ciencia, un pasión por la verdad, creación de belleza, y la idea de justicia”. Éstos son los valores que una democracia, una verdadera democracia, cultivará, pues la democracia es la forma de gobierno que busca enaltecer a los seres humanos, permitirles pensar y ser libres. El objetivo de la democracia es, por lo tanto, la educación, el desarrollo intelectual, la nobleza de espíritu, y la nobleza de espíritu es el arma más importante para impedir que la democracia degenera en una democracia de masas, en la cual la

demagogia, la estupidez, la propaganda, la vulgaridad y los instintos humanos más bajos ganen terreno, hasta que inevitablemente den a luz al hijo bastardo de la democracia: el fascismo.

Añadí que dos años después, en Los Ángeles, Thomas Mann dio otra conferencia, con el título de “Guerra y Democracia”. Entonces dijo: “Déjenme decirles la verdad: si alguna vez el fascismo llega a Estados Unidos, lo hará en nombre de la libertad”.

Todo esto me pareció suficiente para dar pie a que el simposio se convirtiera en una conversación real y preguntar qué pensaban ellos: ¿es la civilización occidental —dispuesta siempre a dividir el mundo entre buenos (demócrata) y malos (no demócratas)—, en este momento, una democracia auténtica o una democracia de masas? La respuesta es importante para determinar cómo debemos enfrentar los desarrollos tecnológicos actuales. ¿Tenemos control sobre estos desarrollos o es la tecnología la que nos controla a nosotros? Podemos asumir que en una democracia las personas tienen el control de sus vidas. En cambio, en una democracia de masas, todos están bajo el control de todo aquello que pueda hechizar a las masas.

Estaba sorprendido por el hecho de que casi todos los presentes, incluidos varios estadounidenses, opinaban que una vez más habíamos desembocado en una democracia de masas y que el futuro era mucho menos prometedor de lo que habíamos imaginado una generación atrás. Roger, un abogado de Nueva York, vestido desde hacía dos días con traje y corbata de moño, declaró haber sido inspirado por la obra de Hannah Arendt y que, teniendo en mente su análisis de la sociedad, podía advertir el resurgimiento de inconfundibles tendencias fascistas, incluso en Estados Unidos. Dirigiéndose directamente a Shashi, continuó: “Nuestra inventiva tecnológica no puede ocultar el vacío intelectual y la pobreza espiritual, Shashi. Nuestras universidades nos enseñan, por encima de todo, cómo ganar dinero, y no a pensar por nosotros mismos. Walter tenía razón: nuestra sociedad, especialmente en Estados Unidos, es cada vez más estúpida. Así que sí, cada vez hay más espacio para la demagogia, la xenofobia, la política del miedo y el nacionalismo. Lo vemos por todas partes, no hay forma de negarlo”.

Andrew, quien trabaja para un senador republicano, citó a John Adams, el

segundo presidente de Estados Unidos; éste, en una carta de 1814, advirtió *al filósofo político John Taylor*: “Recuerda que la democracia nunca dura mucho. Enseguida se desgasta, queda exhausta y se inmola. Nunca ha habido una democracia que no se suicidara”. El hecho de que esto fuera escrito hace doscientos años y que en todo este tiempo Estados Unidos no haya caído en la trampa del fascismo es razón suficiente, dijo Andrew, para no preocuparse demasiado. Señaló alegremente: “Tarde o temprano, los estadounidenses siempre hacemos lo correcto”. Este comentario, naturalmente, condujo a un gran debate, pero en consenso fue que incluso Estados Unidos no es inmune a la bacteria conocida como fascismo.

Iso, de nacionalidad suiza, quien se considera así mismo *ein freischwebender Intellektueller*, un intelectual de libre flotación, comentó sarcásticamente que mejor haríamos en no hablar de su país y del resto de Occidente. Aquí, dijo Iso, las lecciones de la historia no han sido aprendidas. El fascismo está levantando la cabeza otra vez, en todas partes, bajo una apariencia nueva y moderna. Queremos negar el hecho llamándolo “populismo”, pero es tan obvio que sería una pérdida de tiempo hablar más de ello.

Fue Maricruz, una estudiante española de ciencias políticas, quién hizo la pregunta que siempre se hace: “¿Pero qué podemos hacer?”.

Respondí que sería bueno pensar, antes de plantearnos esa pregunta, por qué se opone tan poca resistencia al regreso de esos fantasmas, que, tras la Segunda Guerra Mundial, se creyeron erradicados. *¿Cuál es el papel, la responsabilidad de las élites en nuestra sociedad?*

Señalé que Walter había dicho algo importante, ayer, a este respecto. Hemos perdido noción de la *calidad* y ahora creemos sólo en la *cantidad*, tal como Nietzsche lo predijo al escribir sobre el poder de “el gran número”. *¿Cuáles son —pregunté— las élites dominantes en nuestra democracia? Son las élites financieras, políticas, militares, mediáticas y deportivas. Todas se definen y validan por la cantidad que representan: a mayor poder, mayor influencia; a mayor cantidad de dinero, mayor fuerza y mayores los privilegios. En el mundo de la cultura, el concepto de élite tiene un significado fundamentalmente distinto. El mejor artista no es el que gana más*

dinero y vende las mayores obras o atrae la mayor atención, sino aquel cuya obra resistirá el paso el tiempo y seguirá siendo elocuente y significativa cientos de años después. El mejor pensador o el mejor intelectual no es el que aparece con mayor frecuencia en los medios de comunicación, el que escribe numerosos artículos de periódico y es considerado un líder de opinión, sino aquel cuya obra perdura. En el mundo de la cultura, las élites se definen por la calidad, no por la cantidad. El hecho de que las verdaderas élites intelectuales y artísticas estén hoy marginadas en casi todos los rincones del mundo occidental, mientras que las élites del poder son más dominantes que nunca, se refleja directamente en los valores que la sociedad tiene por más altos. Estos valores emanan del comercio, la tecnología y lo kitsch, y no tienen ninguna relación con la descripción que Thomas Mann hace de “lo grande y honorable en el hombre, que se manifiesta a sí mismo como arte y ciencia, una pasión por la verdad, creación de belleza, y la idea de justicia”. Por lo tanto, no podemos esperar cambios de las élites del poder. Constituyen el poder, detentan el poder, porque su visión del mundo representa la expresión de la sociedad en la que vivimos. Si la sociedad cambia, pierden su poder. Sólo en casos excepcionales pueden encontrarse personas en el mundo del poder con la valentía suficiente para ser diferentes, que tienen ideales que articulan sus vidas, que son capaces de formular claramente una guía para un mundo mejor y —sobre todo y como hubiera querido Mussil— llevarla a la práctica. La única conclusión posible es que las élites del poder son, en sí mismas, la crisis. Sus ideas y sus acciones son la encarnación de todos esos valores que hacen inviable a la verdadera democracia en nuestros días. No es que sean malas personas; ésa no es la cuestión. Simplemente no saben lo que hacen. Se adaptan a las circunstancias con tal de conservar sus trabajos y pertenecer, están demasiado ocupadas como para pensar con detenimiento y realmente creen que lo que hacen es por el bien común, porque responde a su visión de mundo —visión de mundo que, desde hace mucho tiempo, son incapaces de ver con ojos críticos, pues no se atreven a mirarse al espejo—. ¿Así que qué podemos hacer? En su discurso sobre la democracia, Thomas Mann afirma que la educación es el corazón de ésta. Esto es notable, pues nos hemos acostumbrado a medir la democracia en términos de libertades, elecciones,

Estado de derecho, derechos humanos. Mann no negaría nada de esto, pero él destaca uno de los principios de la democracia de calado mucho más hondo: la educación. La pregunta que surge, desde luego, es: ¿educación en qué? Pues la era del humanismo ya acabó, como Musil lo sabía. ¿Educación en qué? ¿Qué puede ser un criterio para nosotros, una regla de medir distinta al poder del mercado, que simplemente lucra con nuestros instintos más primitivos? ¿Dónde encontraremos esta guía, ese hilo de Ariadna que pueda orientarnos de regreso a una sociedad civilizada y digna, si es que decidimos después de todo no optar por la sociedad del hombre-máquina?

Radim, el maestro checo, a quien yo creía que Wolfgang había invitado sólo por haber sido amigo de Václav Havel, el hombre que estuvo sentado leyendo un libro por dos días, más ausente que presente, fue él quien, para sorpresa de todos, respondió lacónicamente a mi pregunta: “Yo tengo una idea, pero, si no les molesta, ahora voy a fumar mi puro y se las diré mañana”. Tomó su libro con su mano izquierda, con la otra el bastón sin el cual ya no podía caminar, y fue el primero en salir de la biblioteca, tosiendo y respirando con dificultad. Ese puro, pensé, ese puro no es una buena idea, Radim. Te va a matar.

No hice mucho más durante el resto del día, sólo caminé y leí las *Cartas* de Nietzsche en el sol. Me da gusto que mi trabajo aquí haya terminado y tengo mucha curiosidad por escuchar lo que Radim tenga que decir mañana, pues ya no sé qué pensar acerca del regreso de Europa. No, eso no es cierto. Creo que sé la respuesta a la pregunta que planteó Thomas Mann cuando Hitler llegó al poder: “¿Son eternos y universales los valores clásicos europeos, o son temporales y están atados a un episodio de la historia de la humanidad?”. A partir de todo lo que he visto y escuchado en Sils Maria y ahora aquí, me temo que la respuesta es que no, la princesa Europa no regresará. Que se mantendrá alerta, vigilante, leyendo y escribiendo largas cartas...

Sábado

Wolfgang dijo que fue una serendipia, una feliz coincidencia, que le llamara cuando él estaba buscando a un ponente que hablara sobre democracia. Si esto

es así, fue aún más afortunado tener la oportunidad de conocer a Radim aquí. En la última mañana del simposio aprendí mucho más de Europa de él que en todos mis años de estudio. No lo conocía, nunca había oído hablar de él, en gran medida —cómo ahora sé, para mi sorpresa— porque nunca ha escrito un libro. Aunque me avergüenza, también debo reconocer que en principio esperaba poco de él, debido a su apariencia física. La edad lo ha hecho encogerse, una joroba en su espalda lo hace ver aún más pequeño, sus uñas son largas, hay cabellos que se asoman al menos un centímetro por sus fosas nasales, y su ropa huele como si no fuera lavada más de una vez al mes. Se reserva a sí mismo, no se preocupa por interactuar con los demás, y ha pasado los días leyendo a solas. Alguien notó con sorpresa que leía un libro de Kafka y le preguntó, intrigado, por qué se acercaba hasta ahora a la obra de su compatriota. “Joven —dijo Radim cortésmente—, no es *hasta ahora*, sino *una vez más*, y la razón es que cada vez que leo a Kafka, aprendo algo nuevo. Kafka tiene mucho más que decirme que la mayoría de mis contemporáneos. Disfrute su paseo.” Y el hombre que lo había interrogado, se alejó caminando sin saber qué más decir.

No deja de sorprenderme la facilidad con la que emitimos juicios que no son más que meros prejuicios —y, como tales, son tan consistentes como un pedazo de chocolate que se derrite al sol—. Radim, este pequeño y desafortunado hombre con lentes de los años cincuenta y pulmones maltrechos, sabía algo sobre Europa que todos los expertos en Bruselas ignoraban, algo que quizá nunca entenderían. Si lo hicieran, Praga se convertiría en la capital de una Europa Unida. Bruselas nunca podrá serlo, porque... Así empezó la historia de Radim, la verdadera historia de Europa. La anoté palabra por palabra, para nunca olvidarla:

“Cada lugar de la tierra tiene su *genius loci*: el espíritu del lugar que determina su naturaleza. El hecho de que el Consejo de la UE tenga su sede en un edificio tan falto de personalidad como de belleza y, más aún, en una ciudad que no ha desempeñado ningún papel relevante en la historia de Occidente dice mucho al respecto de esta Unión que se llama a sí misma Europea.

“El lugar en el que nacemos es obra de la casualidad. Al menos, así lo creo yo. No es ningún mérito, y por ello me parece tanto más afortunado haber nacido en Praga en la década de 1930, a pesar del ingrato destino de mi país en el infausto siglo XX. Toda persona que haya estado ahí sabe que es una de las ciudades más hermosas de Europa. Para los amantes de la literatura, es la ciudad de Franz Kafka, Max Brod y Milena Jesenká; para los músicos, la ciudad de Dvorák y Smetana, y el lugar de estreno de la ópera *Don Giovanni* de Mozart; para los astrónomos, es la ciudad de David Gans y donde Tycho Brahe y Kepler trabajaron; para los judíos, la ciudad de rabino Jehudi Löw; para los teólogos, la ciudad de Jan Hus; para los pedagogos, la ciudad de Comenius; los politólogos pensarán en Tomáš Masaryk y en mi amigo Havel, y algunos cuantos historiadores aún recordarán que en 1356 Petrarca visitó a su amigo el emperador Carlos IV en ese lugar. Los verdaderos europeos conocen su historia cultural y, por lo tanto, están familiarizados con estos datos. Sin embargo, este conocimiento no es lo que hace europeo a un europeo. No, ello radica en algo que tuve el privilegio de aprender de un hombre quien es un auténtico Sócrates de nuestro tiempo. Era. Ahora está muerto. Fue muerto. Al igual que Sócrates. No mediante una dosis de veneno, sino por agotamiento, la tortura de un hombre enfermo de casi setenta años, que fue interrogado despiadadamente por el régimen comunista de Praga hasta el colapso. Los comunistas lo odiaban por no ocultar la verdad y por enseñarnos a nosotros, sus alumnos —aunque no dejaba que nos llamáramos así a nosotros mismos—, a vivir en la verdad.

“Su nombre es Jan Patočka. Ustedes no lo conocen. Éste es el destino de las personas que no se proponen alcanzar la fama. Havel, a quien sí conocen, y yo éramos alumnos suyos. Los hombres en el poder prohibieron a Patočka dar clases en la universidad, así que nosotros, precisamente como lo hacemos ahora, nos reuníamos en un ático. Tomábamos té, con mucha azúcar —cuando había—, y escuchábamos a Patočka. No tenía libros ni ningún otro material didáctico. Nos decía lo que sabía, lo que había llegado a entender, y lo que también nosotros debíamos saber y tratar de entender para llegar a ser verdaderos europeos.

“Tras la muerte de Patočka, el 13 de marzo de 1977, Václav escribió, y lo

cito: ‘El poder de Patocka residía no sólo en su gran erudición y habilidad para pensar, sino en su apertura, modestia y humor. En las reuniones del ático nos daba la posibilidad de experimentar en qué consiste la filosofía, en el sentido original de esta palabra: no el tedio de un aula, sino la búsqueda vital e inspirada del significado de las cosas y la iluminación de entender la propia situación en el mundo’. Václav escribía espléndidamente; podía expresar tanto y tan bien. Cuando Patocka nos fue arrebatado, juntamos todas nuestras notas, para tener un registro fiel de sus palabras, lo que nos había enseñado sobre Europa, en un solo libro.

“¿Qué es Europa? ¿Quién es europeo, el *Homo Europaeus*?

“Europa, nos dijo Patocka, nace del cuidado del alma. Eso mismo es lo que define a los europeos, el *cuidado del alma*. Cada noche nos exhortaba a nunca olvidar esto, pues el futuro de Occidente estaba en juego. Si dejamos de ocuparnos del alma, Europa dejará de existir. Veo miradas condescendientes en muchos de sus rostros. Les explicaré a qué se refería Patocka.

“Cada persona, al menos quienes aún no se han convertido en máquinas humanas, es un ser moral, es decir, un ser en busca de significado, que quiere saber dónde está el bien y dónde está el mal, qué tiene valor y qué no, cuál es el propósito y la verdad de la existencia humana. Ese conocimiento, de orden moral, alguna vez se halló en Dios, luego en la naturaleza y más tarde en la razón —nuestra propia razón sería capaz de revelarnos el significado de la vida—. Después de perder nuestra fe en Dios, empezamos a creer en el progreso, porque el futuro resolvería todos nuestros problemas. Pero en poco tiempo descubrimos que la fe en la naturaleza no conducía al progreso. Y que la razón, a la que la Ilustración atribuía tanto valor, tampoco podía otorgarnos el progreso. ¡Pero la ciencia sí podía! ¡La tecnología sí podía! Nos ofrecían progreso demostrable. Al menos, eso creíamos. Pronto fue evidente que la razón técnica, el pensamiento mecánico, carece por completo de significado. La lógica, las matemáticas, la tecnología: estas disciplinas no pueden saber nada sobre ética y valores. Fue un maestro de Patocka, el filósofo Edmund Husserl, el primero en advertir que nuestra racionalidad estaba en crisis. La razón tecnológica e instrumental, que no tiene conocimiento del bien y del mal ni de lo que hace significativa a la vida, era en sí misma el origen de la crisis

de nuestra era. Porque una filosofía, una forma de pensar que no puede enseñarnos ningún significado y que, por lo tanto, no puede ofrecernos guías ni criterios, deja mucho espacio para el desarrollo de lo irracional, incluida las insanas pasiones políticas del nacionalismo, el antisemitismo, el racismo y el fascismo. Por ello, Husserl estaba convencido de que, dado que la crisis europea tenía sus raíces en una razón torcida o incompleta, Europa enfrentaba la disyuntiva entre el renacimiento del verdadero espíritu de la filosofía o la barbarie.

“Anteayer, Walter hizo algunas observaciones importantes sobre las consecuencias de una verdad a la que se le permite ser sólo científica o racional. Le agradezco que lo haya hecho. También concuerdo con él en que hoy en día las universidades —instituciones consagradas tradicionalmente al cultivo del espíritu europeo— contribuyen, debido a su obsesión con la economía y la tecnología, a la destrucción del espíritu europeo y a la profunda crisis de la civilización en la que nos encontramos actualmente.

“Para Patocka, quien experimentó esta barbarie personalmente, la traición de Múnich de 1938, cuando Europa del Oeste optó por el egoísmo político sobre la defensa de los valores europeos, siempre fue un trauma. En ese momento supo que la política, el mundo del poder, nunca defendería el espíritu europeo. Al mundo del poder sólo le interesa el poder, el poder y la propiedad. No la libertad, no la justicia, no el alma europea. Y mientras siga siendo así, la historia no dejará de repetirse en el continente. Un eterno retorno de la masacre. Hombres de Estado como Masaryk, Roosevelt y Churchill son las grandes excepciones. Por ello son hombres de Estado. Una estirpe excepcional. Patocka, consciente de todo esto, creía que era su responsabilidad redescubrir el espíritu de la verdadera filosofía y educarnos en él. Comenzó a leer a Platón y éste se convirtió en su maestro, su Virgilio en la búsqueda del alma de Europa.

“Lo primero que aprendió de Platón fue que la verdadera filosofía es *meta-física*. Es una filosofía que va más allá del empirismo, del mundo cotidiano, pues trata de entender el sentido más profundo del ser humano. Eso es lo que hace única a la cultura europea. Europa, como tradición cultural, no es sólo una serie de costumbres heredadas, no; Europa es ante todo esa

búsqueda de la humanidad verdadera. ¿Cuál es la esencia del ser humano? Esto es lo que Sócrates destaca en casi todas sus conversaciones: es el alma, el alma inmortal que hace humano al ser humano. El alma hace de los seres humanos las únicas criaturas plenamente conscientes de su propia vulnerabilidad, de su mortalidad. De ahí proviene la ansiedad fundamental experimentada por todo hombre y toda mujer. Al mismo tiempo, nuestra alma nos faculta para la grandeza, pues nos permite atisbar lo absoluto, lo eterno, lo que no es transitorio: la verdad, el bien, la belleza, el amor, la justicia. *Ecce homo*. La grandeza de los seres humanos radica en la capacidad de hacer suyos estos valores espirituales y eternos. Éste es, también, el propósito de todo gran artista, permitirnos experimentar el mundo imperecedero. Kafka, nacido de Praga como yo, identificó este deseo en su diario: ‘Todavía puedo obtener una satisfacción pasajera de trabajos como *Un médico rural*, en el supuesto de que aún logre escribir algo así (cosa muy improbable), pero felicidad, sólo si puedo elevar el mundo a lo puro, verdadero, inmutable’.¹³ Antes que él, Walt Whitman, el estadounidense con alma europea, escribió en su inmortal *Hojas de hierba*: ‘Y he soñado que el propósito y la esencia de la vida que conocemos, lo transitorio, consiste en dar forma y decidir la identidad de la vida que no conocemos, lo permanente’.¹⁴ Antes aún, Dante, en el ‘Infierno’ de su *Commedia*, expresa la esencia del arte y la existencia, como algo que había aprendido de su maestro Brunetto Latini: ‘*M’insegnavate come l’uom s’eterna*’ (‘el cómo hacerse eterno me enseñabais’¹⁵).

“Así, el lenguaje del poeta, el lenguaje de las musas, es uno de los dones más grandes que nos han sido concedidos. Es el lenguaje a través del cual podemos aprehender el Logos, el significado de los valores espirituales expresados en palabras. El parloteo de los medios masivos de comunicación, la charlatanería de los políticos, la verbosidad del comercio, la jerga pomposa y hueca de la academia, todo eso, en sentido literal y figurado, no dice nada. Pues carece de significado.

“El cuidado del alma, la capacidad de dar un lugar en el tiempo a lo eterno: eso es la filosofía. Nos da a todos la posibilidad de ir más allá de nosotros mismos, de ser la mejor versión de nosotros mismos, de cambiar, y

dar un hogar en el mundo a la verdad y la justicia. La esencia de Europa no es, por lo tanto, la política, ni la economía, ni la tecnología, no. Es la cultura. Nada más. No es casual que nuestra noción de cultura provenga de la sentencia de Cicerón ‘*Cultura animi, philosophia est*’. El cultivo del alma, eso es la filosofía. Sabías palabras, enseñadas al orador romano por Sócrates, y que todo verdadero europeo tiene grabadas en el corazón. Por el bien del cultivo del alma, por el bien de la búsqueda permanente de los valores espirituales y del esfuerzo por hacerlos nuestros, por el bien de todo esto, toda filosofía que quiera ser digna de ese nombre debe ser metafísica. La filosofía nunca puede ser una doctrina o una ideología, porque lo bello, lo bueno y lo verdadero nunca puede ser capturado en una única forma. Esta búsqueda, este cuidado del alma, este empeño en vivir en la verdad y en hacer del mundo un lugar justo no termina nunca. Lo cual quiere decir que ser europeo es, ante todo, un estado mental y un estado de ánimo: Europa nunca está acabada.

“Ser Europeo también significa tener que *combatir*, combatir por una sociedad europea humanista en la que lo central no sea el individuo, sino la idea misma del ser humano, con educación —más allá de las universidades—, en la que los jóvenes puedan desarrollar una conciencia cultural, en la que el alma humana sea cultivada de tal forma que las personas puedan madurar moralmente. Combatir, pues, por una sociedad guiada por el deseo de verdad y justicia. Sólo esto, el cuidado del alma, puede ser un parámetro y una guía para un mundo civilizado.

“¡Pero observemos la realidad! *Ecce mundus*. Veamos por qué fue asesinado Patocka, a quien nadie conoce en estos días —y quien, si siguiera vivo, sería completamente menospreciado y descartado de cualquier universidad—. No sé si han tenido la oportunidad de leer *El proceso*, de mi preciado Kafka. En cierto punto de la novela, K., el protagonista sin nombre, se encuentra con un sacerdote en su catedral, quien lo espeta con una apología de lo útil y lo necesario. Después de todo por lo que ha pasado, K. responde: “La mentira erigida en orden del mundo”. Para mi pesar, debo admitir que en eso se ha convertido la UE, esa Unión que se llama a sí misma Europea, pero que no es más que Económica, y para la cual los términos ‘alma’, ‘cultura’, ‘filosofía’ o ‘vida en la verdad’ son tan inviables o excéntricos como una

palmera en la luna. Al negar los cimientos espirituales, el alma de Europa; al ignorar la cultura, la filosofía y el arte, con infinita arrogancia, en pro de la economía, la tecnología y los intereses nacionales; al cultivar una burocracia y una diplomacia que sólo son capaces de pensar y actuar en función de intereses económicos y políticos —y los segundos, en menor medida—, al hacer todo esto, hemos permitido que una mentira se erija en orden de la Unión Europea, haciéndonos olvidar la verdadera grandeza de la especie humana. En lugar del cultivo y cuidado del alma, tenemos la banalidad de la tecnología, el renacimiento del nacionalismo, la vulgaridad del comercio y la estupidez minuciosa de los medios de comunicación y de las universidades.

“Patocka nos dijo una y otra vez que nos encontrábamos ante una disyuntiva que concernía, desde hacía mucho tiempo, no sólo a nuestro hemisferio, sino a todo el planeta y al futuro de la humanidad. ¿Aceptaremos el regreso de la barbarie o lucharemos por el renacimiento de la nobleza de espíritu? Soy un hombre viejo, queridos amigos. Mi cuerpo está desgastado y no viviré mucho tiempo más. La decisión es suya. Debería ser sencilla, pero el tiempo me ha enseñado cuán difícil puede ser, pues la mayoría de las personas simplemente no son valientes ni combativas.”

Después, hubo un gran silencio. Cuando finalmente alguien se atrevió a decir algo, Radim y su bastón ya habían salido de la biblioteca. Era como si hubiéramos visto un fantasma: el fantasma de Sócrates.

Domingo

Ya es la tarde y pronto estaré partiendo de este lugar que tanto me gusta, esta vez para regresar a las tierras bajas. Anoche dormí muy mal. No podía dejar de pensar en la historia —pues eso fue realmente, más que una conferencia— de Radim. Después de desayunar hice mi maleta y, dado que hoy ha sido un día maravilloso de otoño, decidí dar una última caminata, a través del bosque primero y luego por el campo de regreso al hotel. Al llegar al bosque vi a lo lejos a un hombre pequeño y encorvado con un abrigo demasiado grande, que caminaba lentamente con un bastón. No podía ser nadie más que Radim.

Caminé deprisa para alcanzarlo y, al reconocerme, dijo: “Vamos, joven, deme su brazo. Con un poco más de apoyo es más fácil para mí caminar. ¿O planeaba dar un paseo más largo? En ese caso, no quisiera detenerlo”. Le di mi brazo y dije que sólo quería caminar un poco antes de irme, y que le estaba inmensamente agradecido por todo lo que había dicho ayer.

—Bien —dijo—. Entonces al menos hubo una persona que realmente quería escuchar.

—No creo haber sido el único, Radim.

—No importa demasiado. Vamos, ahí hay un lugar donde podemos sentarnos. Así puedo descansar un poco y encender un puro.

—¿Es eso prudente? —le dije.

—Querido amigo, soy un hombre viejo y no me queda mucho tiempo por vivir. Pero mientras siga aquí quiero disfrutar de toda la belleza de la tierra y de todos los placeres de la vida.

Encendió su preciado puro y me preguntó: “¿Por qué ha venido a este simposio?”.

Le hablé de mi búsqueda de la princesa Europa y de la pregunta por su posible regreso. De cómo había llegado por azar a Sils Maria, al Grand Hotel Waldhaus, y de todo lo que había visto y escuchado en ese lugar: del sacerdote que quería devolver el control del mundo a su Iglesia, de mi caminata por la casa donde Ana Frank solía jugar durante sus vacaciones, de la memoria de Paul Celan...

—Radim, me da mucho gusto haberlo encontrado aquí. Mucho gusto en verdad. Me ha dado valor, y ahora me atrevo a creer una vez más que Europa puede regresar, aunque no será fácil, cómo usted mismo lo advirtió.

Con sus ojos pequeños y brillantes detrás de unos lentes gruesos y anticuados, y con una sonrisa en su arrugado rostro, dijo: “Ah, Europa, esa hermosa y valiente princesa. Ciertamente puede regresar, pero entonces usted tendrá que contar su historia. La de Europa es una historia llena de lágrimas, pero también de hazañas. Es un sueño que no se rinde. Vamos, tenemos que irnos. Usted debe regresar a casa a contar una historia. Creo que será un libro entero”.

-
- ¹ Traducción de Hernán Bravo Varela.
 - ² Traducción de José Mardomingo Sierra (Madrid, Edaf, 2002).
 - ³ Traducción de Alfredo Brotons Muñoz (Madrid, Akal, 1996).
 - ⁴ Traducción de Andrés Sánchez Pascual (Madrid, Alianza, 2012).
 - ⁵ Traducción de Lorena Díaz González (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009).
 - ⁶ Traducción de Augusto Vidal (Madrid, Cátedra, 2005).
 - ⁷ Traducción de Mario González Restrepo. (Bogotá, Norma, 2008).
 - ⁸ Traducción de Susana Romano-Sued (*Nombres. Revista de Filosofía*, Córdoba, 1993).
 - ⁹ Traducción de Antonio Pau (Madrid, Trotta, 2008).
 - ¹⁰ Traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera (Madrid, Alianza, 2003).
 - ¹¹ Traducción de Daniel Jiménez Castillejo (México, Fondo de Cultura Económica, 1970).
 - ¹² Traducción de Alfredo Cahn (Buenos Aires, Losada, 1938).
 - ¹³ Traducción de Andrés Sánchez Pasucal (Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2000).
 - ¹⁴ Traducción de Eduardo Moga (Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2014).
 - ¹⁵ Traducción de Luis Martínez de Merlo (Madrid, Cátedra, 2013).



Gracias a su lucidez y valentía, Albert Camus y Thomas Mann pudieron entender algo que hoy en día muchos politólogos son incapaces de admitir. En 1947, ambos lanzaron una advertencia: la guerra ha terminado, pero el fascismo no fue vencido. Aunque se demore algunas décadas, volverá otra vez. No lo reconoceremos por sus ideas, pues el fascismo no tiene ninguna, pero sí por sus acciones y su política. Una política del resentimiento, el miedo y la ira. Ése es el esqueleto fascista: incitación a la violencia, un vulgar materialismo, un nacionalismo asfixiante, xenofobia, la necesidad de señalar chivos expiatorios, la banalización del arte, el odio por la vida intelectual y una feroz resistencia al cosmopolitismo.

Combinando un conocimiento profundo de historia y filosofía con la sensibilidad literaria de un elocuente humanista, Rob Riemen identifica la ruta del eterno retorno del fascismo. En estos días se presenta en el escenario mundial disfrazado de populismo, haciendo falsas promesas de libertad y grandeza. ¿Cómo podemos detenerlo? ¿Cómo podemos salir de la crisis de civilización de nuestra era, de la cual el fascismo es sólo una manifestación? La respuesta, nos dice el autor de estas consideraciones tempestivas, está en el regreso de la nobleza de espíritu, en la recuperación de los valores universales de verdad, justicia, belleza, compasión y sabiduría. Sólo en estos pilares puede apoyarse una sociedad verdaderamente democrática.



Rob Riemen (Países Bajos, 1962) es ensayista, fundador y presidente del Nexus Institute, un foro independiente con vocación internacional, creado en 1994 con objeto de fomentar el debate filosófico y cultural y la reflexión intelectual. Es autor, entre otros libros, de *Nobleza de espíritu. Una idea olvidada* (Taurus, 2016). También edita la revista cuatrimestral *Nexus*.

Para combatir esta era

Primera edición digital: mayo, 2017

D. R. © 2017, Rob Riemen

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Daniel Bolívar, por el diseño de portada
D. R. © Claudia Guadarrama, por la fotografía del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.com.mx>)

ISBN: 978-607-315-663-9

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](#)



[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

ÍNDICE

PARA COMBATIR ESTA ERA

INTRODUCCIÓN

I. EL ETERNO RETORNO DEL FASCISMO

II. EL REGRESO DE EUROPA. SUS LÁGRIMAS, SUEÑOS Y HAZAÑAS

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE EL AUTOR

CRÉDITOS

Índice

Para combatir esta era	3
Introducción	8
I. El eterno retorno del fascismo	14
II. El regreso de Europa. Sus lágrimas, sueños y hazañas	44
Sobre este libro	86
Sobre al autor	87
Créditos	88